

Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)
- FRANCISCO – Homilías en Santa Marta, 28.V.13, 3.III.14 y 25.V.15
- BENEDICTO XVI – Homilías 2006 y 2009, Ángelus 2012
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)
- FLUVIUM (www.fluvium.org)
- PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)
- BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)
- Rev. D. Joan PUJOL i Balcells (La Seu d’Urgell, Lleida, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

SABIDURÍA POR ENCIMA DE LOS BIENES

Sb 7,7-11; Hb 4, 12-13; Mc 10, 17-30

El autor del libro de la Sabiduría pone un discurso en boca del rey Salomón, y lo presenta como un rey sabio que supo hacer un discernimiento sensato al preferir la sabiduría a todos los demás bienes, incluyendo el poder, la fama y la riqueza. A esta conclusión no es fácil llegar en la realidad concreta de nuestra vida; con frecuencia solemos confundir los planos y terminamos sacrificando salud, unión familiar, lazos de amistad y convicciones con tal de alcanzar mayores beneficios materiales. Esa situación es la que exhibe con sus señalamientos críticos el Señor Jesús en el Evangelio. Es difícil que los ricos se liberen de la seducción de la cuantiosa riqueza. Quien se deja manipular por la codicia, termina pisoteando la dignidad de sus hermanos y menospreciando el designio del Padre común.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 129, 3-4

Si conservaras el recuerdo de nuestras faltas, Señor, ¿quién podría resistir? Pero tú, Dios de Israel, eres Dios de perdón.

ORACIÓN COLECTA

Te pedimos, Señor, que tu gracia continuamente nos disponga y nos acompañe, de manera que estemos siempre dispuestos a obrar el bien. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

En comparación con la sabiduría, tuve en nada la riqueza.

Del libro de la Sabiduría: 7, 7-11

Supliqué y se me concedió la prudencia; invoqué y vino sobre mí el espíritu de sabiduría. La preferí a los cetos y a los tronos, y en comparación con ella tuve en nada la riqueza. No se puede comparar con la piedra más preciosa, porque todo el oro, junto a ella, es un poco de arena y la plata es como lodo en su presencia.

La tuve en más que la salud y la belleza; la preferí a la luz, porque su resplandor nunca se apaga. Todos los bienes me vinieron con ella; sus manos me trajeron riquezas incontables. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 89, 12-13.14-15.16-17

R/. Sáncianos, Señor, de tu misericordia.

Enséñanos a ver lo que es la vida, y seremos sensatos. ¿Hasta cuándo, Señor, vas a tener compasión de tus siervos? ¿Hasta cuándo? **R/.**

Llénanos de tu amor por la mañana y júbilo será la vida toda. Alégranos ahora por los días y los años de males y congojas. **R/.**

Haz, Señor, que tus siervos y sus hijos puedan mirar tus obras y tu gloria. Que el Señor bondadoso nos ayude y dé prosperidad a nuestras obras. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

La palabra de Dios descubre los pensamientos e intenciones del corazón.

De la carta a los hebreos: 4, 12-13

Hermanos: La palabra de Dios es viva, eficaz y más penetrante que una espada de dos filos. Llega hasta lo más íntimo del alma, hasta la médula de los huesos y descubre los pensamientos e intenciones del corazón. Toda creatura es transparente para ella. Todo queda al desnudo y al descubierto ante los ojos de aquel a quien debemos rendir cuentas. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO (Mt 5, 3)

R/. Aleluya, aleluya.

Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. **R/.**

EVANGELIO

Ve y vende lo que tienes y sígueme.

Del santo Evangelio según san Marcos: 10, 17-30

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó corriendo un hombre, se arrodilló ante Él y le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?” Jesús le contestó: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, no cometerás fraudes, honrarás a tu padre y a tu madre”.

Entonces él le contestó: “Maestro, todo eso lo he cumplido desde muy joven”. Jesús lo miró con amor y le dijo: “Sólo una cosa te falta: Ve y vende lo que tienes, da el dinero a los pobres y así tendrás un tesoro en los cielos. Después, ven y sígueme”. Pero al oír estas palabras, el hombre se entristeció y se fue apesadumbrado, porque tenía muchos bienes.

Jesús, mirando a su alrededor, dijo entonces a sus discípulos: “¿Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!” Los discípulos quedaron sorprendidos ante estas palabras; pero Jesús insistió: “Hijitos, ¿qué difícil es para los que confían en las riquezas, entrar en el Reino de Dios! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios”.

Ellos se asombraron todavía más y comentaban entre sí: “Entonces, ¿quién puede salvarse?” Jesús, mirándolos fijamente, les dijo: “Es imposible para los hombres, mas no para Dios. Para Dios todo es posible”.

Entonces Pedro le dijo a Jesús: “Señor, ya ves que nosotros lo hemos dejado todo para seguirte”.

Jesús le respondió: “Yo les aseguro: Nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, dejará de recibir, en esta vida, el ciento por uno en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, junto con persecuciones, y en el otro mundo, la vida eterna”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Sacerdote:

*Llenos de confianza en el Señor, oremos, hermanos, por todos los hombres y por todas sus necesidades y digamos con confianza: **Te rogamos, Señor.***

Lector:

- 1.** Para que Dios conceda el espíritu de paciencia y de caridad a los cristianos perseguidos por su nombre y los ayude a ser testigos fieles y verídicos de su Evangelio, *roguemos al Señor.*
- 2.** Para que Dios conceda prudencia a los gobernantes y honradez a todos los súbditos, a fin de que se mantengan la armonía y la justicia en la sociedad, *roguemos al Señor.*
- 3.** Para que el Señor, el único que puede hacer prosperar el trabajo del hombre, bendiga los esfuerzos de los trabajadores y haga que la tierra dé frutos abundantes para todos, *roguemos al Señor.*
- 4.** Para que Dios no permita que en la hora de nuestra muerte, desesperados y sin acordarnos de él, nos sintamos como arrancados de este mundo, sino que, confiados y con una gran paz, lleguemos a la vida feliz y eterna, *roguemos al Señor.*

Sacerdote:

Dios nuestro, que juzgas las intenciones y los pensamientos del corazón humano y ves claramente todo lo que has creado, escucha nuestras oraciones y atraviesa nuestros corazones con la espada de

doble filo de tu palabra, para que, iluminados por tu sabiduría, valoremos rectamente las cosas terrenas y las eternas y, libres de la seducción de las riquezas, recibamos el ciento por uno y la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las súplicas de tus fieles junto con estas ofrendas que te presentamos, para que, lo que celebramos con devoción, nos lleve a alcanzar la gloria del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo Ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 33, 11

Los ricos se empobrecen y pasan hambre; los que buscan al Señor, no carecen de nada.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, suplicamos a tu majestad que así como nos nutres con el sagrado alimento del Cuerpo y de la Sangre de tu Hijo, nos hagas participar de la naturaleza divina. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Es a todas luces evidente que pasamos de una sociedad con mercado a una sociedad de mercado, donde todas las actividades e instituciones han sido alcanzadas por el afán desmedido de obtener el lucro económico como el fin primario. Obviamente el discurso es otro, las iglesias hablan de evangelizar, las escuelas de educar, las instituciones públicas de servir; la realidad sin embargo, es otra muy diferente: la búsqueda descarada o discreta del propio interés. Esta búsqueda desbocada por la ganancia ha desintegrado familias y corrompido numerosas instituciones sociales. En esta circunstancia, resulta más que comprensible la crítica del Señor Jesús sobre la dificultad de ingresar al Reino de Dios, cuando se tiene el corazón encadenado a la búsqueda codiciosa de la riqueza a costa de cualquier otro bien.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Todos los bienes vinieron con ella (Sb 7,7-11)

1ª lectura

El sabio por excelencia de la tradición del Antiguo Testamento, el rey Salomón, no recibió la sabiduría por nacimiento. Por eso la imploró, la suplicó (v. 7; cfr más adelante cap. 8; ver también 1 R 3,5ss.; 5,9ss.). Y prefirió la sabiduría a todos los bienes, cetros y tronos, piedras preciosas, oro y plata, salud y belleza, hasta la luz del sol (vv. 8-10). Porque pidió la sabiduría y no otras cosas, Dios le concedió junto con ella todos los bienes que no había pedido (v. 11). El lector cristiano encuentra en estos versículos, y también en el v. 14, un reflejo de las palabras de Jesús en el Discurso de la Montaña según Mt 6,25-33, donde el Salvador nos exhorta a buscar ante todo el reino de Dios y su justicia; el resto nos vendrá por añadidura.

Tema familiar a los libros sapienciales es la superioridad de los bienes espirituales sobre los materiales. Aquí diez comparaciones enfatizan que la sabiduría es superior a cualquier bien material, inclusive la salud del cuerpo (cfr Si 30,14-16). La exposición sigue un riguroso paralelismo, a veces alternando «ella», referido a la sabiduría, con términos de comparación: «riqueza», «piedra más preciosa», «todo el oro» y «la plata». Hay seguramente un eco de las opiniones de los estoicos, que afirmaban que sólo la virtud da la felicidad, y que ésta es superior a todo bien, de modo que el sabio ha de ser «imposible» tanto a los bienes como a los males. Pero aquí se trata, más bien, del pensamiento que ya aparece en otros escritos sapienciales judíos, donde se dice que ni el oro, ni

todos los bienes pueden compararse con la sabiduría (cfr Jb 28,15-19; Pr 3,14; 4,7); o que es ella más dulce que la miel y el panal, más preciosa que cualquier perla o joya (cfr Sal 19,11; 119,72.127; Pr 3,14-15; 8,11.19; 16,16).

La palabra de Dios es viva y eficaz (Hb 4,12-13)

2ª lectura

En estos versículos la «Palabra» se refiere posiblemente a la totalidad de la revelación, que se manifiesta de modo pleno y perfecto en Jesucristo, fundamento de la vida de la Iglesia: «Es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual» (Conc. Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 21).

De la Palabra se dice que es eficaz y engendra vida; también hay en ella algo que inspira temor y reverencia al hombre para no comportarse ante ella con ligereza. La intimidad más honda de la persona, sus pensamientos, disposiciones e intenciones últimas, quedarán desnudos ante los ojos escrutadores de Dios. Comentando este pasaje, Balduino de Canterbury señala: «*Es eficaz y más tajante que espada de doble filo* para quienes creen en ella y la aman. ¿Qué hay, en efecto, imposible para el que cree o difícil para el que ama? Cuando esta palabra resuena, penetra en el corazón del creyente como si se tratara de *flechas de arquero afiladas*; y lo penetra tan profundamente que atraviesa hasta lo más recóndito del espíritu; por ello se dice que es más tajante que una espada de doble filo, más incisiva que todo poder o fuerza, más sutil que toda agudeza humana, más penetrante que toda la sabiduría y todas las palabras de los doctos» (*Tractatus* 6).

El joven rico (Mc 10,17-30)

Evangelio

El pasaje expone tres ideas muy relacionadas entre sí: la llamada frustrada a un joven (cfr Mt 19,22) que prefirió las riquezas al seguimiento de Jesús (vv. 17-22), la doctrina del Señor sobre las riquezas y el Reino (vv. 23-27), y la recompensa prometida a quienes siguen a Jesús dejándolo todo (vv. 28-30).

El encuentro del Señor con aquel joven recuerda la vocación de los primeros discípulos (1,16-20; 2,14). Comienza de otra forma, con una pregunta del joven, pero sigue de la misma manera: con la mirada del Señor y la llamada imperativa a seguirle (v. 21). El evangelista subraya además con viveza peculiar el aprecio de Jesús al joven por su conducta (vv. 20-21) y la tristeza de éste (v. 22), al no responder con generosidad a lo que Dios le pedía. Señala así la necesidad de corresponder a la llamada del Señor para poder conocerlo bien. No sin razón santa Teresa recurría a este episodio para indicar el camino hacia la intimidad con Dios: «Si le volvemos las espaldas y nos vamos tristes, como el mancebo del Evangelio, cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfectos, ¿qué queréis que haga Su Majestad, que ha de dar el premio conforme al amor que le tenemos? Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad» (Sta. Teresa de Jesús, *Moradas* 3,1,7).

La conducta del joven rico da ocasión a Jesús para volver a exponer la doctrina sobre el uso de los bienes materiales (vv. 23-27). El apego a ellos puede ser una verdadera idolatría (Mt 6,24; cfr Col 3,5) que impide el acceso al Reino de Dios (Lc 6,20.24). El Señor utiliza aquí una imagen, quizás un proverbio (v. 25) que, sin duda, debió de suscitar la sonrisa de sus oyentes: las tribulaciones de un camello intentando pasar por un lugar que le queda demasiado estrecho. Por

contra, la pobreza cristiana es un bien tan alto que llevaba a San Francisco de Asís a considerarla la «dama de su corazón»: «Ésta es aquella virtud que hace que el alma, viviendo en la tierra, converse en el cielo con los ángeles; ella acompañó a Cristo en la cruz, con Cristo fue sepultada, con Cristo resucitó, con Cristo subió al cielo; las almas que se enamoran de ella reciben, aún en esta vida, ligereza para volar al cielo, porque ella temple las armas de la amistad, de la humildad y de la caridad» (S. Francisco de Asís, *Floreillas*13).

Respondiendo a la pregunta de Pedro, Jesús expresa la parte positiva de la entrega por Él y por el Evangelio: además de la vida eterna, el discípulo, al ser y saberse hijo de Dios y hermano de sus hermanos, multiplica por cien lo que entregó. En esa promesa el Señor incluye las persecuciones (v. 30), pero éstas, como ya lo experimentaron Pedro y los Apóstoles (Hch 5,40-41), engendran alegría cuando se sufren por Cristo. En cambio, rechazar la voz de Dios es condenarse a la tristeza: ***¿Quieres tú pensar —yo también hago mi examen— si mantienes inmutable y firme tu elección de Vida? ¿Si al oír esa voz de Dios, amabilísima, que te estimula a la santidad, respondes libremente que sí? Volvamos la mirada a nuestro Jesús, cuando hablaba a las gentes por las ciudades y los campos de Palestina. No pretende imponerse. Si quieres ser perfecto..., dice al joven rico. Aquel muchacho rechazó la insinuación, y cuenta el Evangelio que abiiit tristis, que se retiró entristecido. (...) Perdió la alegría porque se negó a entregar su libertad a Dios*** (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 24).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

El joven que se acerca a Jesús

Hay quienes hablan mal de este joven, como si hubiera sido un taimado y perverso que se acercó a Jesús para tentarle. Por mi parte, no tendría inconveniente en decir que fue avaro y estaba dominado por el dinero, puesto que Cristo mismo demostró que así era; pero en manera alguna taimado. Primero, porque no es cosa segura lanzarse a juzgar de lo incierto, mayormente tratándose de culpas; y, segundo, porque Marcos nos quita totalmente esa sospecha. Marcos dice, en efecto, que, *corriendo hacia Jesús, se le postró y le suplicaba*. Y que luego, *dirigiéndole Jesús una mirada, le amó*. Pero es muy grande la tiranía de la riqueza, y bien se ve por el hecho de que, aun siendo en todo lo demás virtuosos, ella sola lo echa todo a perder. Con razón, pues, la llamaba también Pablo la raíz de todos los males. Porque: *Raíz —dice— de todos los males es la avaricia*. Ahora bien, ¿por qué le respondió Cristo, diciendo: *Nadie hay bueno?* Porque como el otro le miraba como a puro hombre, como a uno de tantos, como a simple maestro judío, también el Señor habla con él como hombre. En realidad, en muchas ocasiones vemos que Jesús responde de acuerdo con las ideas de sus interlocutores, como cuando dice: *Nosotros adoramos lo que sabemos*. Y: *Si yo, doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero*. Así, pues, al decir ahora: *Nadie es bueno*, no se excluye a sí mismo de ser bueno, ni mucho menos. Porque no dijo: “¿A qué me llaman bueno? Yo no soy bueno”, sino: *Nadie es bueno*, es decir, nadie entre los hombres. Y aun, al decir esto, no pretende negar absolutamente la bondad de los hombres, sino sólo en parangón con la bondad de Dios. De ahí lo que añade: *Sino sólo uno: Dios*. Y no dijo: “Sino sólo mi Padre”, porque nos damos cuenta que no se quiso revelar a este joven. Por modo semejante había anteriormente llamado malos a los hombres, diciendo: *Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos*. Y tampoco en este pasaje llamó malos a los hombres porque quisiera condenar la maldad de toda la naturaleza humana (dice “vosotros”, no todos los hombres), sino que, en comparación de la bondad de Dios, bien pudo llamar malos a los hombres. De ahí que también aquí añadió: *¡Cuánto más vuestro Padre dará bienes a quienes se los pidan!* Mas ¿qué interés, qué utilidad tenía —me dirás en

responder así a aquel joven? —Es que quería levantarlo poco a poco y enseñarle a huir de toda adulación y desprenderle de la tierra y unirlo a Dios; quería, en fin, persuadirle a buscar lo venidero y saber quién es el verdaderamente bueno y raíz y fuente de todos los bienes y que a Él refiriera todo el honor. Lo mismo cuando dice: *No llaméis a nadie maestro sobre la tierra*, lo dice en parangón con Él y porque se den cuenta quién es el principio primero de todos los seres.

El joven se acerca al Señor con noble intención

Por lo demás, nos dio aquel joven pruebas de pequeño fervor, siquiera de momento, por el solo hecho de tener aquel deseo. Cuando de los otros, unos iban a tentar al Señor, otros sólo le pedían curaciones o de sus propias enfermedades o de las de sus familiares, sólo él se le acercó a preguntarle sobre la vida eterna. La tierra era realmente blanda y feraz, pero la muchedumbre de espinas ahogaba la semilla. Considerad, si no, qué bien preparado se presentaba de pronto para obedecer a lo que se le mandara. Porque: *¿Qué tengo que hacer —dice— para heredar la vida eterna?* Tan animoso se sentía para cumplir lo que se le dijera. Ahora bien, si se hubiera acercado para tentar al Señor, nos lo hubiera manifestado el evangelista, como lo hace en otras ocasiones, por ejemplo, cuando el doctor de la ley. Y aun cuando el evangelista lo hubiera callado, Cristo no le hubiera consentido al joven obrar a escondidas, sino que le habría claramente confundido o, por lo menos, aludido a sus intentos, porque no se figurara que engañaba y no se le descubría, lo que hubiera redundado en su propio daño. Por otra parte, si hubiera ido a tentarle, no se habría retirado triste al oír la respuesta del Señor. Por lo menos; no sabemos de fariseo ninguno que sintiera tristeza semejante. Todos, al tapárseles la boca, se retiraban enfurecidos. No así éste, que: se va triste. Lo cual no es pequeña señal de que no se acercó al Señor con mala intención, sí con alma débil. Desea, cierto, la vida eterna, pero se siente dominado por otra pasión más fuerte. Como quiera, Cristo le respondió: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*. Y el joven le dice: *¿Qué mandamientos?* Con lo que no intenta tentarle, ni mucho menos. Lo que pasa es que se imagina han de ser otros, distintos de los de la ley, los mandamientos que han de conducirlo a la vida. Señal de que su deseo era muy ardiente. Luego le recitó Jesús los mandamientos de la ley, a lo que el otro le dijo: *Todo eso lo he guardado desde mi juventud*. Y ni siquiera ahí se detuvo, sino que siguió preguntando: *¿Qué me falta todavía?* Lo cual era otra señal de su vehemente deseo. Y no era poco pensar que aún le faltaba algo y no creer que bastaba lo dicho para alcanzar lo que deseaba. ¿Qué responde ahora Cristo? Como iba a mandarle algo grande, pone por delante los premios y dice: *Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme*.

Los premios que el Señor promete al joven que le quiere seguir

Mirad cuántos premios, cuántas coronas propone el Señor para este estadio. Ahora bien, si el joven hubiera querido tentarle, Jesús no le hubiera dicho eso. Pero lo cierto es que se lo dice, y, con el fin de atraérselo, no sólo le muestra la grande recompensa que le espera, sino que lo deja todo a su libre determinación, dejando por todos esos modos en la penumbra lo que de pesado parecía contener su invitación. De ahí que antes de hablarle del trabajo y combate, ya le señala el premio, diciéndole: *Si quieres ser perfecto*. Y entonces es cuando añade: *Vende tus bienes y dalos a los pobres*. E inmediatamente vuelve a los premios: *Y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme*. A la verdad, también el seguirle era una grande recompensa. *Y tendrás un tesoro en el cielo*. Como la cuestión giraba en torno a las riquezas y le mandaba desprenderse de todas, para hacerle ver que no se le quitaba lo que tenía, sino que más bien se le acrecentaba, el Señor le dio más de lo que le mandaba dejar. Y no sólo más, sino cosas tanto mayores cuanto va del cielo a la tierra, y aún más. Y lo llamó *tesoro* para significar la abundancia de la recompensa y, a par, lo seguro, lo inviolable que estaba, en cuanto todo ello podía declararse a su joven oyente por comparación con lo humano.

El joven se retira triste

No basta, pues, con despreciar las riquezas, sino que hay también que alimentar a los pobres, y principalmente hay que seguir a Cristo, es decir, hacer cuanto Él nos ha mandado: estar dispuestos a derramar la sangre y soportar la muerte cotidiana. Porque: *Si alguno —dice— quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*. Este Mandamiento, el de estar siempre preparados a derramar nuestra sangre, es mayor que el otro de tirar nuestras riquezas. Sin embargo, el desprendimiento de ellas no contribuye poco a estar dispuestos a derramar también la sangre. *Mas, oído que lo oyó el joven, se marchó triste*. Y el evangelista, como si quisiera explicarnos que nada había en ello de sorprendente, dice: *Porque tenía muchos bienes*. Y, en efecto, no se sienten por modo igual dominados por la riqueza los que poco tienen que los que nadan en la opulencia. En este caso el amor al dinero es más tiránico. Es lo que yo no me canso de repetir: el acrecentamiento de los ingresos no hace sino encender más el fuego, y cuanto mayor es la riqueza, más pobre es el que la posee, pues más vivamente ansía lo que le falta. Mirad, por ejemplo, en este caso la fuerza que demostró esa pasión. El que con tanta alegría y fervor se había acercado a Cristo, apenas oyó que éste le mandaba dejar sus riquezas, de tal modo le hundió su amor a ellas y tanto pesaron sobre él, que no le dejaron fuerzas ni para responder sobre ello al Señor. Silencioso, cabizbajo y triste, se alejó de su presencia.

El camello por el ojo de la aguja

¿Qué dice a esto Cristo? *¿Qué difícilmente entrarán los ricos en el reino de los cielos!* Lo cual no es hablar contra las riquezas, sino contra los que se dejan dominar por ellas. Ahora bien, si los ricos entrarán con dificultad en el reino de los cielos, con mayor dificultad entrarán los avaros. Porque, si no dar de lo propio es obstáculo para entrar en el reino de los cielos, considerad el fuego que amontona quien encima toma lo ajeno. —Mas ¿qué razón tenía el Señor para decirles a sus discípulos que difícilmente entraría un rico en el reino de los cielos, cuando ellos eran todos pobres y nada poseían? —Es que quería enseñarles a no avergonzarse de la pobreza y casi, casi justificarse Él mismo de no permitirles poseer nada. Ahora, pues, ya que dijo que era difícil entrar un rico en el reino de los cielos, sigue más adelante y hace ver que es imposible, y no como quiera imposible, sino por todo extremo imposible, como bien lo puso de manifiesto por el ejemplo de que se vale, es decir, el del camello y la aguja. Porque: *Más fácil es —dice— que un camello entre por el ojo de una aguja que no que un rico entre en el reino de los cielos*. De donde se sigue que no será como quiera el premio de aquellos ricos que han sido capaces de vivir filosóficamente. Por eso dijo el Señor que eso era obra de Dios, que es decir la grande gracia de que necesita quien haya de llevar a cabo esa hazaña. Y es así que, como los discípulos se sintieran turbados por sus palabras, dijo: *Para los hombres, eso es imposible; pero para Dios, todas las cosas son posibles*. —¿Y por qué se turban los discípulos, si ellos eran pobres y por extremo pobres? ¿A qué inquietarse ellos? — Se duelen por la salvación de los otros: primero. Porque ya tienen grande amor para con todos, y luego porque se sienten ya con entrañas de maestros. Lo cierto es que de tal modo temían y temblaban por la tierra entera ante esta sentencia del Señor, que realmente necesitaban de particular consuelo. Por eso, después de dirigirles su mirada, les dijo Jesús: Lo que *es imposible para los hombres, es posible para Dios*. Después de consolarlos con su blanda y mansa mirada y disipar su angustia —eso quiere decir el evangelista al escribir: *Después de haberlos mirado*, los levanta también con sus palabras, aduciéndoles la omnipotencia de Dios, y volviéndoles así la confianza. Ahora, si queréis saber el modo como eso es posible, seguid escuchándome. Porque si dijo el Señor: *Lo imposible para los hombres es posible para Dios*, no fue para que os desalentarais y, como de empresa imposible, os alejarais de ello, sino para que, considerando la grandeza de la obra, saltarais más fácilmente a ella y, con la invocación de la ayuda de Dios, alcancéis tan altos premios y la vida eterna.

El premio a la pobreza

— ¿Cómo puede, pues, ser eso posible? —Desprendiéndose de lo que se tiene, renunciando al dinero, apartándose de toda codicia mala. No todo en esta obra ha de atribuirse a Dios, y si el Señor habló así, fue para hacernos ver la grandeza de la hazaña a que nos invita. Escuchad en prueba de ello lo que sigue. Como Pedro le hubiera dicho muy resueltamente.: *Mira que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido*, y le preguntara: *¿Qué habrá, pues, para nosotros?*, el Señor, después de señalarles su paga, prosiguió: *Y todo el que dejare casas, o campos, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, recibirá ciento por uno en este tiempo y heredará la vida eterna*. De este modo lo imposible se hace posible. —Pero ¿cómo —me dirás— puede realizarse el abandono mismo de la riqueza? ¿Cómo es posible que quien una vez se ha visto envuelto en esa codicia lo soporte? — Empezando por desprenderse de lo que tiene, y en esto, empezando a su vez por cortar lo superfluo. De este modo, irá adelantando más y más y correrá con más facilidad lo restante. No pretendas hacer todo de un golpe, no. Si de golpe te parece difícil, sube poco a poco esta escalera que ha de conducirte al cielo. Los que sufren alta fiebre o tienen dentro abundante bilis amarga, si ingieren alimento o bebida, no sólo no apagan su sed, sino que encienden más y más su ardor. Así los que aman el dinero, si sobre esta mala codicia, y más amarga que la bilis del enfermo, arrojan más dinero, no hacen sino encender más y más su codicia. Para calmarla, no hay como abstenerse por un tiempo de toda ganancia, como para; calmar la bilis amarga no hay como comer poco y evacuar de vientre. Mas esto mismo, ¿cómo conseguirlo? Considerando que, siendo rico, jamás se calmará tu sed de riquezas, siempre estarás consumido por la codicia de tener más; mas si te desprendes de lo que tienes, podrás detener también esta enfermedad. No amontones, pues, más y más, no sea que vayas corriendo tras lo inasible, y tu enfermedad se haga incurable y, sufriendo de esa rabia, seas el hombre más miserable. Respóndeme, en efecto: ¿Quién diríamos que es atormentado y sufre: el que desea ardientemente comidas y bebidas preciosas y no puede gozar de ellas como quiere, o el que, no conozca semejante deseo? Es evidente que el que desea y no puede tener lo que desea. Es, efectivamente, tan doloroso desear y no gozar de lo que se desea, tener sed y no beber, que, queriendo Cristo describirnos el infierno, nos lo describe por ese tormento y nos presenta al rico glotón abrasado de ese modo. Su tormento era justamente desear una gota de agua y no lograrla. Luego el que desprecia las riquezas, calma su pasión; pero el que busca enriquecerse y acrecentar más y más lo que tiene, no hace sino encenderla más y jamás se detiene. Si gana mil talentos, desea otros tantos; si éstos consigue, luego codiciará dos veces más: y, avanzando más y más, querrá que los montes, la tierra y el mar y todas las cosas se le conviertan en oro. ¡Nueva y espantosa locura y que ya no hay medio de detener! Comprende que, no añadiendo, sino quitando, es posible contener ese mal. Si te viniera el absurdo deseo de volar y andarte por esos aires, ¿cómo extinguirías ese absurdo deseo: entreteniéndote en fabricarte alas y preparar otros aprestos de vuelo, o persuadiendo a tu razón que su deseo es imposible y que no hay que intentar empresas semejantes? Evidentemente, persuadiendo de ello a tu razón. —Pero es que aquí —me dices— se trata de algo imposible. —Pues más imposible todavía resulta poner un límite a la codicia. Porque más fácil es que los hombres vuelen que no, añadiendo dinero, matar el amor al dinero. Cuando se desea algo posible, posible es calmar el deseo cuando se logra; mas cuando se desea lo imposible, no hay otro remedio que apartarnos de semejante deseo, pues no cabe recuperar de otro modo nuestra alma. No suframos, pues, inútiles dolores; dejemos ese amor a las riquezas que nos pone en rabia continua y no sufre calmarse ni un momento; anclemos el corazón en otro amor capaz de hacernos felices y que es además por extremo fácil: deseemos los tesoros del cielo. Aquí no es tan grande el trabajo, la ganancia es indecible y, por poco que vigilemos y estemos alerta y despreciemos lo presente, no cabe que los perdamos; así como quien es esclavo de los tesoros de la tienda y se dejó una vez encadenar por ellos es de toda necesidad forzoso que un día los pierda.

La codicia, fuente de males y pecados

Considerando todo esto, desecha de ti la perversa codicia de riquezas. Porque ni siquiera puedes decir que, si te priva de los bienes venideros, por lo menos te procura los presentes. A la verdad, si así fuera, ello sería el supremo castigo y suplicio. Mas lo cierto es que ni eso se cumple. No. Aparte del infierno, y aun antes del infierno, aquí también te lleva al más duro suplicio. Cuántas casas, en efecto, no ha trastornado la codicia, cuántas guerras no ha encendido, a cuántos no ha obligado a poner término violento a su vida! Y aun antes de esos peligros, la codicia destruye toda nobleza de alma y hace muchas veces, a quien ella domina, esclavo, cobarde, atrevido, embustero, sicofanta, ladrón, tacaño y cuanto de más bajo pueda imaginarse. Mas tal vez te quedas como enhechizado al contemplar el brillo de la plata, la muchedumbre de los (esclavos, la' hermosura de los edificios, la pleitesía que se rinde a los ricos en plena ágora. ¿Qué remedio, pues, cabe para una herida tan grave como ésa? —Que consideres cómo dejan esas cosas a tu alma: qué tenebrosa, qué solitaria, qué fea, qué deforme. Que reflexiones, a costa de cuántos males adquiriste todo eso; con cuántos trabajos, con cuántos peligros lo guardas. Y, a decir verdad, ni siquiera lo guardas hasta el fin. Porque, si logras burlar los asaltos de todo el mundo, viene por fin la muerte, y muchas veces tus riquezas pasarán a manos de tus mismos enemigos, y a ti se te llevará solo, sin que lleves otra cosa contigo sino las heridas que se hizo tu alma justamente con aquellas riquezas. Cuando veas, pues, a alguien que brilla extremadamente por sus vestidos y por su numerosa escolta, despliega su conciencia, y la verás por dentro llena de telas de araña, llena de mucho polvo. Piensa en Pedro y Pablo. Piensa en Juan y en Elías. Piensa más bien en el Hijo mismo de Dios, *que no tenía dónde reclinar su cabeza*. Imítale a Él, imita a los que fueron siervos suyos y represéntate la inefable riqueza que éstos consiguieron. Mas si, después de recobrar un poco tu vista por estas consideraciones, nuevamente te ves entre tinieblas, como en un naufragio al estallar violenta tormenta, escucha entonces la sentencia de Cristo, que dice *ser imposible que un rico entre en el reino de los cielos*. Junto a esta sentencia del Señor, pon las montañas, la tierra y el mar; haz, si te place, que todo eso se te convierta por el pensamiento en oro, y nada hallarás comparable al daño que de ello se había de seguir. Tú me hablarás de tantas y tantas huebras de tierra, de diez, de veinte, de más de veinte casas, de otros tantos baños, de mil esclavos, de dos mil si te place; de coches forrados de oro y plata; yo por *mi* parte te digo que sí, dejando toda esa miseria —pues miseria es para lo que voy a decir—, cada uno de vosotros, los ricos, poseyeráis el mundo entero; si fuerais señores de tantos hombres como ahora hay en la tierra, en el mar, en el universo entero; si fuera vuestra la tierra y el mar y tuvierais en todas partes edificios y ciudades y provincias, y de todas partes os manara oro en lugar del agua de las fuentes; si con todo eso perdíais el reino de los cielos, yo no daría tres óbolos por toda vuestra riqueza. Porque si ahora los que codician esas riquezas percederas así son atormentados cuando no las consiguen, ¿qué consuelo tendrán cuando se den cuenta de haber perdido aquellos bienes inefables? Ninguno absolutamente. No me hables, pues, de la abundancia de riquezas. Considera más bien el daño que sufren los amadores de ellas, pues por ellas pierden el cielo. Es como si uno que ha perdido un máximo honor en el palacio imperial, luego se enorgulleciera de poseer un montón de estiércol. No es ciertamente mejor un montón de dinero, o, por mejor decir, más vale el estiércol que el dinero. El estiércol vale por lo menos para abonar las tierras, y para calentar los baños, y para otras cosas por el estilo; mas el oro escondido bajo tierra, para nada de eso vale. ¡Y ojalá fuera sólo inútil! Pero lo cierto es que enciende muchos hornos contra el que lo posee, si no usa de él como es debido, y de él nacen infinitos males. De ahí que los escritores profanos llamaron a la codicia la ciudadela, y el bienaventurado Pablo, mejor y más expresivamente, la *raíz de todos los males*.

Exhortación final: emulemos lo digno de emulación

Considerando, pues, todas estas cosas, sepamos emular lo digno de emulación: no los espléndidos edificios, no los pingües campos, sino a los hombres que ganaron inmenso crédito delante de Dios, a los que son ricos en el cielo, a los que son dueños de aquellos tesoros, a los que son verdaderamente ricos, a los pobres por amor de Cristo. Así alcanzaremos los bienes eternos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea Padre y al Espíritu Santo gloria, poder, honor y adoración ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

(Homilías sobre San Mateo, Homilía 63, Ed. BAC, Madrid, 1966, pp. 303-316)

FRANCISCO – Homilías en Santa Marta, 28.V.13, 3.III.14 y 25.V.15

El cristiano sigue a Jesús por amor

28 de mayo de 2013

El Pontífice retomó la reflexión sobre el diálogo de Jesús con el joven rico. Recordó que Pedro había oído las advertencias de Jesús respecto a las riquezas, que hacen “tan difícil entrar en el reino de Dios”. Tras las palabras del Señor, Pedro le pregunta: “Está bien, ¿y nosotros? Nosotros hemos dejado todo por Ti. ¿Cuál será el salario? ¿Cómo será el premio?”. La respuesta de Jesús, tal vez, “es un poco irónica: pero sí, también tú y todos vosotros que habéis dejado casa, hermanos, hermanas, madre, hijo, campos, tendréis el ciento por uno de esto”. Sin embargo les advierte que deberán afrontar “la persecución”, descrita como el salario o “la paga del discípulo”.

“El cristiano sigue a Jesús por amor, y cuando se sigue a Jesús con amor, la envidia del diablo hace muchas cosas –alertó–. El espíritu del mundo no tolera esto, no tolera el testimonio. Pensad en la Madre Teresa, considerada como una figura positiva que hizo tantas cosas hermosas por los demás... El espíritu del mundo nunca dice que la beata Teresa todos los días, muchas horas, estaba en adoración; nunca. Reduce la actividad cristiana al hacer un bien social. Como si la existencia cristiana fuese una pintura, un barniz de cristianismo. Pero el anuncio de Jesús no es un barniz”, penetra en los huesos, va directo “al corazón; va al interior y nos cambia –constató el Papa–. Y esto, el espíritu del mundo no lo tolera; y por ello vienen las persecuciones”.

De ahí la invitación a pensar en la respuesta de Jesús: “Nadie que haya dejado casa o hermanos, hermanas o madre o padre o hijos o campos por causa mía o por causa del Evangelio, que no reciba ya ahora, en este mundo, cien veces más, en casas, hermanos... junto a las persecuciones. No lo olvidemos”, insistió el Santo Padre. Seguir a Jesús con amor paso a paso: éste es el seguimiento de Cristo. Pero el espíritu del mundo seguirá sin tolerarlo y hará sufrir a los cristianos. Se trata, sin embargo, de un sufrimiento como el que soportó Jesús: “Pidamos esta gracia: seguir a Jesús por el camino que Él nos mostró, que Él nos enseñó. Esto es hermoso: Él no nos deja nunca solos, nunca –afirmó–. Él está siempre con nosotros”.

Corazones libres de la idolatría de la vanidad, del poder y del dinero

3 de marzo de 2014

Pedir al Señor que mande a su Iglesia religiosas y sacerdotes libres “de la idolatría de la vanidad, de la idolatría de la soberbia, de la idolatría del poder, de la idolatría del dinero”. Rezar con la consciencia de que las vocaciones están, pero se necesitan jóvenes valientes, capaces de responder a la llamada siguiendo a Jesús “de cerca” y teniendo el corazón sólo para Él. Es ésta la “oración por

las vocaciones” que el Papa Francisco indicó durante la misa que celebró el lunes 3 de marzo, por la mañana, en Santa Marta.

La meditación del Pontífice se inspiró en el tema del pasaje evangélico que relata el encuentro de Jesús con el joven rico (Mc 10, 17-27). Es “una historia”, dijo, que “hemos escuchado muchas veces”: un hombre “busca a Jesús y se postra de rodillas ante Él”. Y lo hace “delante de la multitud” porque “tenía muchas ganas de escuchar las palabras de Jesús” y “en su corazón algo lo impulsaba”. Así, “de rodillas delante de Él”, le preguntó que debía hacer para heredar la vida eterna. El corazón de este hombre, destacó el Papa, estaba movido “por el Espíritu Santo”. Era, en efecto, “un hombre bueno –explicó trazando su perfil– porque desde su juventud había cumplido los mandamientos”. Ser “bueno”, sin embargo, “no era suficiente para él: quería más. El Espíritu Santo lo impulsaba”.

En efecto, continuó el Pontífice, “Jesús fijó la mirada en él, contento al oír estas cosas”. Tan fue así que “el Evangelio dice que lo amó”. Por lo tanto, “incluso Jesús sentía este entusiasmo. Y le hace la propuesta: vende todo y ven conmigo a predicar el Evangelio”. Pero, se lee en el relato del evangelista, “el hombre, al escuchar estas palabras, frunció el ceño y se marchó triste”.

Ese hombre bueno “había venido con esperanza, con alegría, a encontrarse con Jesús. Hizo su petición. Escuchó las palabras de Jesús. Y tomó una decisión: marcharse”. Así, “aquella alegría que lo impulsaba, la alegría del Espíritu Santo, se convierte en tristeza”. Marcos cuenta, en efecto, que “se marchó de allí porque poseía muchos bienes”.

El problema, comentó el Papa, era que “su corazón inquieto” por obra del “Espíritu Santo, que lo impulsaba a acercarse a Jesús y a seguirlo, era un corazón que estaba lleno”. Pero “no tuvo el valor de vaciarlo. E hizo la elección: el dinero”. Tenía “un corazón lleno de dinero”. Y eso que no “era un ladrón, un malhechor. Era un hombre bueno: jamás había robado, jamás había estafado”. Su dinero “era dinero honesto”. Pero “su corazón estaba encarcelado allí, estaba atado al dinero y no tenía la libertad de elegir”. Así, al final, “el dinero eligió por él”.

El Evangelio de Marcos continúa con el discurso de Jesús sobre la riqueza. Pero el Pontífice se centró en particular en el discurso de la vocación. Y dirigió el pensamiento a todos aquellos jóvenes que “sienten en su corazón esta llamada a acercarse a Jesús. Y están entusiasmados, no tienen miedo de ir ante Jesús, no tienen vergüenza de postrarse”. Precisamente como hizo el joven rico, con un “signo público”, con “una demostración pública de su fe en Jesucristo”.

Para el Papa Francisco también hoy son muchos los jóvenes que quieren seguir a Jesús. Pero “cuando tienen el corazón lleno de otra cosa, y no son tan valientes para vaciarlo, dan un paso atrás”. Y así “esa alegría se convierte en tristeza”. Cuántos jóvenes, constató, tienen esa alegría de la que habla san Pedro en la primera carta (1P 1, 3-9) proclamada durante la liturgia: “y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe”. En verdad, estos jóvenes son “muchos, pero hay algo en medio que los detiene”.

En realidad, destacó el Pontífice, “cuando pedimos al Señor” que envíe “vocaciones para que anuncien el Evangelio, Él las envía”. Está quien dice desconsolado: “Padre, pero que mal va el mundo: no hay vocaciones religiosas, no hay vocaciones sacerdotales, estamos perdidos”. En cambio, subrayó el Papa, vocaciones “hay muchas”. Pero entonces –se preguntó– “si hay muchas, ¿por qué debemos rezar para que el Señor las envíe?”. La respuesta del Papa fue clara: “Debemos rezar para que el corazón de estos jóvenes se pueda vaciar: vaciarse de otros intereses, de otros amores. Para que su corazón llegue a ser libre”. He aquí la auténtica, gran “oración por las vocaciones: Señor, envíanos religiosas, envíanos sacerdotes; defiéndelos de la idolatría de la

vanidad, de la idolatría de la soberbia, de la idolatría del poder, de la idolatría del dinero”. Entonces, “nuestra oración es para preparar estos corazones para poder seguir de cerca a Jesús”.

Volviendo al pasaje evangélico, el Santo Padre no ocultó que la figura del joven rico suscita una cierta participación, que nos lleva a decir: “Pobrecito, tan bueno y luego tan infeliz, porque no se marchó feliz”, tras el diálogo con Jesús. Y hoy hay muchos jóvenes como él. Pero –y ésta fue la pregunta del Papa– “¿qué hacemos por ellos?”. La primera cosa que se debe hacer es rezar: “Ayuda, Señor, a estos jóvenes a ser libres y no esclavos”, de modo “que tengan el corazón sólo para Ti”. De este modo “la llamada del Señor puede llegar, puede dar fruto”.

El Papa Francisco concluyó su meditación invitando a recitar con frecuencia “esta oración por las vocaciones”. Con la consciencia de que “las vocaciones están”: nos corresponde a nosotros rezar y hacer que “aumenten, que el Señor pueda entrar en esos corazones y dar esta “alegría indecible y gloriosa” que tiene toda persona que sigue de cerca a Jesús”.

El peligro de la cerrazón del corazón, la corrupción y la esterilidad

25 de mayo de 2015

Ilusión de felicidad y de poder, falta de horizontes y de esperanza. La difícil relación del hombre con la riqueza estuvo en el centro de la reflexión del Papa Francisco durante la misa que celebró en Santa Marta el lunes 25 de mayo.

La liturgia del día proponía el pasaje evangélico de san Marcos (Mc 10, 17-27) que se refiere al joven rico, un episodio que -dijo el Pontífice- podría llevar por título: «El itinerario desde la alegría y la esperanza a la tristeza y la cerrazón en sí mismo». Ese joven, en efecto, «quería seguir a Jesús y al verlo fue a su encuentro, entusiasmado, para plantearle la pregunta: “¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”». A quien el Señor, tras la invitación a vivir los mandamientos, exhorta: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo». Y el joven, «frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico».

Del entusiasmo a la tristeza: «Quería seguir a Jesús y se marchó por otro camino». ¿El motivo? «Estaba apegado a sus bienes. Tenía muchos bienes. Y en el balance vencieron los bienes».

El Papa Francisco destacó la actitud clara de Jesús ante tal reacción: «Dijo a sus discípulos: “¿Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!”». En efecto -explicó- «hay un misterio en la posesión de las riquezas. Las riquezas tienen la capacidad de seducir, de conducirnos hacia la seducción y hacernos creer que estamos en un paraíso terrestre». Al respecto el Papa presentó también un ejemplo: «Recuerdo que en los años setenta vi por primera vez un barrio cercado, de gente pudiente; estaba cerrado para defenderse de los ladrones, para estar seguros». Había también gente buena, pero se habían encerrado en esa especie de «paraíso terrestre». Esto sucede, dijo, «cuando existe la cerrazón para defender los bienes»: se pierde «el horizonte». Y «es triste una vida sin horizonte».

En este punto el Pontífice entró aún más en profundidad: hay que considerar, recordó, que «las cosas cerradas se estropean, se corrompen, entran en descomposición. El apego a las riquezas es el inicio de todo tipo de corrupción, por doquier: corrupción personal, corrupción en los negocios, incluso la pequeña corrupción comercial -como la practicada, explicó el Papa, por quienes restan algún gramo al peso justo de una mercadería-, corrupción política, corrupción en la educación...». Cuantos «viven apegados al propio poder, a las propias riquezas, se creen en el paraíso. Son cerrados, no tienen horizonte, no tienen esperanza. Al final tendrán que dejarlo todo».

Para hacer comprender mejor este concepto, el Pontífice hizo referencia también a la parábola en la que Jesús habla del hombre que con traje elegante «todos los días tenía grandes banquetes»: este hombre «estaba tan encerrado en sí mismo que ya no veía más allá de su nariz: no veía que allí, en la puerta de su casa había un hombre que tenía hambre y también estaba enfermo, con llagas». Lo mismo nos sucede a nosotros: «el apego a las riquezas nos hace creer que todo está bien, que hay un paraíso terrestre, pero nos quita la esperanza y nos quita el horizonte. Y vivir sin horizonte es una vida estéril, vivir sin esperanza es una vida triste».

Pero, quiso precisar el Papa Francisco, aquí se está criticando el «apego» y no el hecho de «administrar bien las riquezas». Las riquezas, en efecto, «son para el bien común, para todos», y si el Señor se las concede a alguien, es «para el bien de todos, no para sí mismo, no para que las encierre en su corazón, que luego así se convierte en corrupto y triste». Jesús usa una expresión fuerte: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Las riquezas, dijo el Papa, «son como la serpiente en el paraíso terrestre, encantan, engañan, nos hacen creer que somos poderosos, como Dios. Y al final nos quitan lo mejor, la esperanza, y nos lanzan en lo peor, en la corrupción». Por ello Jesús afirma: «Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de los cielos».

De esto deriva un consejo válido para cada uno: quien posee riquezas debe orientarse «a la primera bienaventuranza: “Felices los pobres de espíritu”; es decir tomar distancia de este apego y hacer que las riquezas que el Señor le ha dado sean para el bien común». La «única forma» de obrar es «abrir la mano, abrir el corazón, abrir el horizonte». Si, en cambio, «tienes tu mano cerrada, tienes el corazón cerrado como el del hombre que organizaba banquetes y llevaba vestidos lujosos, no tienes horizontes, no ves a los demás que pasan necesidad y terminarás como ese hombre: lejos de Dios». Lo mismo sucedió al joven rico: «contaba con la senda de la felicidad, la buscaba y... lo pierde todo». Por su apego a las riquezas «termina como un derrotado».

Debemos, por lo tanto, concluyó el Pontífice, pedir a Jesús la gracia «de no apegarnos a las riquezas» para no correr el peligro «de la cerrazón del corazón, la corrupción y la esterilidad».

BENEDICTO XVI – Homilias 2006 y 2009, Ángelus 2012

El santo es quien deja todo para seguir a Jesús

Homilía 2006

Queridos hermanos y hermanas:

Cuatro nuevos santos se proponen hoy a la veneración de la Iglesia universal: *Rafael Guízar y Valencia, Felipe Smaldone, Rosa Venerini y Teodora Guérin*. Sus nombres se recordarán siempre. Por contraste, viene a la mente inmediatamente el “joven rico”, del que habla el evangelio recién proclamado. Este joven ha permanecido anónimo; si hubiera respondido positivamente a la invitación de Jesús, se habría convertido en su discípulo y probablemente los evangelistas habrían registrado su nombre. Este hecho permite vislumbrar enseguida el tema de la liturgia de la Palabra de este domingo: si el hombre pone su seguridad en las riquezas de este mundo no alcanza el sentido pleno de la vida y la verdadera alegría; por el contrario, si, fiándose de la palabra de Dios, renuncia a sí mismo y a sus bienes por el reino de los cielos, aparentemente pierde mucho, pero en realidad lo gana todo.

El santo es precisamente aquel hombre, aquella mujer que, respondiendo con alegría y generosidad a la llamada de Cristo, lo deja todo por seguirlo. Como Pedro y los demás Apóstoles,

como santa Teresa de Jesús, a la que hoy recordamos, y como otros innumerables amigos de Dios, también los nuevos santos recorrieron este itinerario evangélico, que es exigente pero colma el corazón, y recibieron “cien veces más” ya en la vida terrena, juntamente con pruebas y persecuciones, y después la vida eterna.

Por tanto, Jesús puede en verdad garantizar una existencia feliz y la vida eterna, pero por un camino diverso del que imaginaba el joven rico, es decir, no mediante una obra buena, un servicio legal, sino con la elección del reino de Dios como “perla preciosa” por la cual vale la pena vender todo lo que se posee (cf. *Mt* 13, 45-46). El joven rico no logra dar paso. A pesar de haber sido alcanzado por la mirada llena de amor de Jesús (cf. *Mc* 10, 21), su corazón no logró desapegarse de los numerosos bienes que poseía.

Por eso Jesús da esta enseñanza a los discípulos: “¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el reino de Dios!” (*Mc* 10, 23). Las riquezas terrenas ocupan y preocupan la mente y el corazón. Jesús no dice que sean malas, sino que alejan de Dios si, por decirlo así, no se “invierten” en el reino de los cielos, es decir, si no se emplean para ayudar a los pobres.

Comprender esto es fruto de la sabiduría de la que habla la primera lectura. Esta sabiduría —nos dice— es más valiosa que la plata y el oro, aún más que la belleza, la salud y la luz misma, “porque su resplandor no tiene ocaso” (*Sb* 7, 10). Obviamente, esta sabiduría no se reduce únicamente a la dimensión intelectual. Es mucho más; es “sabiduría del corazón”, como la llama el salmo 89. Es un don que viene de lo alto (cf. *St* 3, 17), de Dios, y se obtiene con la oración (cf. *Sb* 7, 7).

En efecto, esta sabiduría no ha permanecido lejos del hombre, se ha acercado a su corazón (cf. *Dt* 30, 14), tomando forma en la ley de la primera alianza sellada entre Dios e Israel a través de Moisés. El Decálogo contiene la sabiduría de Dios. Por eso Jesús afirma en el Evangelio que para “entrar en la vida” es necesario cumplir los mandamientos (cf. *Mc* 10, 19). Es necesario, pero no suficiente, pues, como dice san Pablo, la salvación no viene de la ley, sino de la gracia. Y san Juan recuerda que la ley la dio Moisés, mientras que la gracia y la verdad han venido por medio de Jesucristo (cf. *Jn* 1, 17).

Por tanto, para alcanzar la salvación es preciso abrirse en la fe a la gracia de Cristo, el cual, sin embargo, pone una condición exigente a quien se dirige a él: “Ven y sígueme” (*Mc* 10, 21). Los santos han tenido la humildad y la valentía de responderle “sí”, y han renunciado a todo para ser sus amigos. Eso es lo que hicieron los cuatro nuevos santos, a quienes hoy veneramos particularmente.

En ellos encontramos actualizada la experiencia de Pedro: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (*Mc* 10, 28). Su único tesoro está en el cielo: es Dios.

El evangelio que hemos escuchado nos ayuda a entender la figura de *san Rafael Guízar y Valencia*, obispo de Veracruz en la querida nación mexicana, como un ejemplo de quienes lo han dejado todo para “seguir a Jesús”. Este santo fue fiel a la palabra divina, “viva y eficaz”, que penetra en lo más hondo del espíritu (cf. *Hb* 4, 12). Imitando a Cristo pobre se desprendió de sus bienes y nunca aceptó regalos de los poderosos, o bien los daba enseguida. Por ello recibió “cien veces más” y pudo ayudar así a los pobres, incluso en medio de “persecuciones” sin tregua (cf. *Mc* 10, 30). Su caridad vivida en grado heroico hizo que le llamaran el “Obispo de los pobres”.

En su ministerio sacerdotal y después episcopal, fue un incansable predicador de misiones populares, el modo más adecuado entonces para evangelizar a las gentes, usando su *Catecismo de la doctrina cristiana*.

Siendo una de sus prioridades la formación de los sacerdotes, reconstruyó el seminario, que consideraba “la pupila de sus ojos”, y por eso solía exclamar: “A un obispo le puede faltar mitra, báculo y hasta catedral, pero nunca le puede faltar el seminario, porque del seminario depende el futuro de su diócesis”. Con este profundo sentido de paternidad sacerdotal enfrentó nuevas persecuciones y destierros, pero garantizando la preparación de los alumnos.

Que el ejemplo de san Rafael Guízar y Valencia sea un llamado para los hermanos obispos y sacerdotes a considerar como fundamental en los programas pastorales, además del espíritu de pobreza y de la evangelización, el fomento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, y su formación según el corazón de Cristo.

(...) “Ve, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres..., y luego sígueme”. Estas palabras han impulsado a innumerables cristianos a lo largo de la historia de la Iglesia a seguir a Cristo en una vida de pobreza radical, confiando en la divina Providencia.

María, Reina de los santos, suscite en el pueblo cristiano hombres y mujeres como san Rafael Guízar y Valencia, san Felipe Smaldone, santa Rosa Venerini y santa Teodora Guérin, dispuestos a abandonarlo todo por el reino de Dios; dispuestos a hacer suya la lógica del don y del servicio, la única que salva al mundo. Amén.

Los santos aceptan la invitación de Jesús y siguen a Cristo crucificado y resucitado

Homilía 2009

Queridos hermanos y hermanas:

“¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?”. Con esta pregunta comienza el breve diálogo, que hemos oído en la página evangélica, entre una persona, identificada en otro pasaje como el joven rico, y Jesús (cf. *Mc* 10, 17-30). No conocemos muchos detalles sobre este anónimo personaje; sin embargo, con los pocos rasgos logramos percibir su deseo sincero de alcanzar la vida eterna llevando una existencia terrena honesta y virtuosa. De hecho conoce los mandamientos y los cumple fielmente desde su juventud. Pero todo esto, que ciertamente es importante, no basta —dice Jesús—; falta sólo una cosa, pero es algo esencial. Viendo entonces que tenía buena disposición, el divino Maestro lo mira con amor y le propone el salto de calidad, lo llama al heroísmo de la santidad, le pide que lo deje todo para seguirlo: “Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres... ¡y ven y sígueme!” (v. 21).

“¡Ven y sígueme!”. He aquí la vocación cristiana que surge de una propuesta de amor del Señor, y que sólo puede realizarse gracias a una respuesta nuestra de amor. Jesús invita a sus discípulos a la entrega total de su vida, sin cálculo ni interés humano, con una confianza sin reservas en Dios. Los santos aceptan esta exigente invitación y emprenden, con humilde docilidad, el seguimiento de Cristo crucificado y resucitado. Su perfección, en la lógica de la fe a veces humanamente incomprensible, consiste en no ponerse ya ellos mismos en el centro, sino en optar por ir a contracorriente viviendo según el Evangelio. Así hicieron los cinco santos que hoy, con gran alegría, se presentan a la veneración de la Iglesia universal: *Segismundo Félix Felinski, Francisco Coll y Guitart, José Damián de Veuster, Rafael Arnáiz Barón y María de la Cruz (Juana) Jugan*. En ellos contemplamos realizadas las palabras del apóstol san Pedro: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (v. 28) y la consoladora confirmación de Jesús: “Nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente..., con persecuciones, y en el mundo venidero, vida eterna” (vv. 29-30).

(...) San Pablo nos recuerda en la segunda lectura que “la Palabra de Dios es viva y eficaz” (Hb 4, 12). En ella, el Padre, que está en el cielo, conversa amorosamente con sus hijos de todos los tiempos (cf. *Dei Verbum*, 21), dándoles a conocer su infinito amor y, de este modo, alentarlos, consolarlos y ofrecerles su designio de salvación para la humanidad y para cada persona.

(...) Que nos obtenga esta gracia la protección maternal de María, Reina de los santos y Madre de la humanidad. Amén.

Los ricos deben aprender a utilizar la riqueza y obtener la vida

Ángelus 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este domingo (Mc 10, 17-30) tiene como tema principal el de la riqueza. Jesús enseña que para un rico es muy difícil entrar en el Reino de Dios, pero no imposible; en efecto, Dios puede conquistar el corazón de una persona que posee muchos bienes e impulsarla a la solidaridad y a compartir con quien está necesitado, con los pobres, para entrar en la lógica del don. De este modo aquella se sitúa en el camino de Jesús, quien —como escribe el apóstol Pablo— «siendo rico se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza» (2 Co 8, 9). Como sucede a menudo en los evangelios, todo empieza con un encuentro: el de Jesús con uno que «era muy rico» (Mc 10, 22). Se trataba de una persona que desde su juventud observaba fielmente todos los mandamientos de la Ley de Dios, pero todavía no había encontrado la verdadera felicidad; y por ello pregunta a Jesús qué hacer para «heredar la vida eterna» (v. 17). Por un lado es atraído, como todos, por la plenitud de la vida; por otro, estando acostumbrado a contar con las propias riquezas, piensa que también la vida eterna se puede «comprar» de algún modo, tal vez observando un mandamiento especial. Jesús percibe el deseo profundo que hay en esa persona y —apunta el evangelista— fija en él una mirada llena de amor: la mirada de Dios (cfr. v. 21). Pero Jesús comprende igualmente cuál es el punto débil de aquel hombre: es precisamente su apego a sus muchos bienes; y por ello le propone que dé todo a los pobres, de forma que su tesoro —y por lo tanto su corazón— ya no esté en la tierra, sino en el cielo, y añade: «¡Ven! ¡Sígueme!» (v. 22). Y aquél, sin embargo, en lugar de acoger con alegría la invitación de Jesús, se marchó triste (cf. v. 23) porque no consigue desprenderse de sus riquezas, que jamás podrán darle la felicidad ni la vida eterna.

Es en este momento cuando Jesús da a sus discípulos —y también a nosotros hoy— su enseñanza: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!» (v. 23). Ante estas palabras, los discípulos quedaron desconcertados; y más aún cuando Jesús añadió: «Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios». Pero al verlos atónitos, dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo» (cf. vv. 24-27). Comenta san Clemente de Alejandría: «La parábola enseña a los ricos que no deben descuidar la salvación como si estuvieran ya condenados, ni deben arrojar al mar la riqueza ni condenarla como insidiosa y hostil a la vida, sino que deben aprender cómo utilizarla y obtener la vida» (*¿Qué rico se salvará?* 27, 1-2). La historia de la Iglesia está llena de ejemplos de personas ricas que utilizaron sus propios bienes de modo evangélico, alcanzando también la santidad. Pensemos en san Francisco, santa Isabel de Hungría o san Carlos Borromeo. Que la Virgen María, Trono de la Sabiduría, nos ayude a acoger con alegría la invitación de Jesús para entrar en la plenitud de la vida.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Artículo 3: LA SAGRADA ESCRITURA

I CRISTO, PALABRA ÚNICA DE LA SAGRADA ESCRITURA

101 En la condescendencia de su bondad, Dios, para revelarse a los hombres, les habla en palabras humanas: “La palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres “ (DV 13).

102 A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se dice en plenitud (cf. Hb 1,1-3):

Recordad que es una misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las escrituras, que es un mismo Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados, el que, siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo (S. Agustín, Psal. 103,4,1).

103 Por esta razón, la Iglesia ha venerado siempre las divinas Escrituras como venera también el Cuerpo del Señor. No cesa de presentar a los fieles el Pan de vida que se distribuye en la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo (cf. DV 21).

104 En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza (cf. DV 24), porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios (cf. 1 Ts 2,13). “En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (DV 21).

V LA SAGRADA ESCRITURA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

131 “Es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual” (DV 21). “Los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura” (DV 22).

132 “La Escritura debe ser el alma de la teología. El ministerio de la palabra, que incluye la predicación pastoral, la catequesis, toda la instrucción cristiana y en puesto privilegiado, la homilía, recibe de la palabra de la Escritura alimento saludable y por ella da frutos de santidad” (DV 24).

133 La Iglesia “recomienda insistentemente a todos los fieles...la lectura asidua de la Escritura para que adquieran ‘la ciencia suprema de Jesucristo’ (Flp 3,8), ‘pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo’ (S. Jerónimo)” (DV 25).

Las Escrituras fuente para la oración

Artículo 1 LAS FUENTES DE LA ORACION

2652 El Espíritu Santo es el “agua viva” que, en el corazón orante, “brotó para vida eterna” (Jn 4, 14). Él es quien nos enseña a recogerla en la misma Fuente: Cristo. Pues bien, en la vida cristiana hay manantiales donde Cristo nos espera para darnos a beber el Espíritu Santo.

La Palabra de Dios

2653 La Iglesia “recomienda insistentemente todos sus fieles... la lectura asidua de la Escritura para que adquieran ‘la ciencia suprema de Jesucristo’ (Flp 3,8)... Recuerden que a la lectura de la Santa

Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues ‘a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras’ (San Ambrosio, off. 1, 88)” (DV 25).

2654 Los Padres espirituales parafraseando Mt 7, 7, resumen así las disposiciones del corazón alimentado por la palabra de Dios en la oración: “Buscad leyendo, y encontraréis meditando; llamad orando, y se os abrirá por la contemplación” (cf El Cartujano, scala: PL 184, 476C).

El amor a los pobres

1723 La bienaventuranza prometida nos coloca ante elecciones morales decisivas. Nos invita a purificar nuestro corazón de sus instintos malvados y a buscar el amor de Dios por encima de todo. Nos enseña que la verdadera dicha no reside ni en la riqueza o el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas y las artes, ni en ninguna criatura, sino en Dios solo, fuente de todo bien y de todo amor:

El dinero es el ídolo de nuestro tiempo. A él rinde homenaje “instintivo” la multitud, la masa de los hombres. Estos miden la dicha según la fortuna, y, según la fortuna también, miden la honorabilidad...Todo esto se debe a la convicción de que con la riqueza se puede todo. La riqueza por tanto es uno de los ídolos de nuestros días, y la notoriedad es otro...La notoriedad, el hecho de ser reconocido y de hacer ruido en el mundo (lo que podría llamarse una fama de prensa) ha llegado a ser considerada como un bien en sí misma, un bien soberano, un objeto de verdadera veneración (Newman, mix. 5, sobre la santidad).

I EL DESORDEN DE LA CODICIA

2536 El décimo mandamiento proscribiera la avaricia y el deseo de una apropiación inmoderada de los bienes terrenos. Prohíbe el deseo desordenado nacido de la pasión inmoderada de las riquezas y de su poder. Prohíbe también el deseo de cometer una injusticia mediante la cual se dañaría al prójimo en sus bienes temporales:

Cuando la Ley nos dice: “No codiciarás”, nos dice, en otros términos, que apartemos nuestros deseos de todo lo que no nos pertenece. Porque la sed del bien del prójimo es inmensa, infinita y jamás saciada, como está escrito: “El ojo del avaro no se satisface con su suerte” (Si 14,9) (Catec. R. 3,37)

VI EL AMOR DE LOS POBRES

2443 Dios bendice a los que ayudan a los pobres y reprueba a los que se niegan a hacerlo: “a quien te pide da, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda” (Mt 5,42). “Gratis lo recibisteis, dadlo gratis” (Mt 10,8). Jesucristo reconocerá a sus elegidos en lo que hayan hecho por los pobres (cf Mt 25,31-36). La buena nueva “anunciada a los pobres” (Mt 11,5; Lc 4,18) es el signo de la presencia de Cristo.

2444 “El amor de la Iglesia por los pobres...pertenece a su constante tradición” (CA 57). Está inspirado en el Evangelio de las bienaventuranzas (cf Lc 6,20-22), en la pobreza de Jesús (cf Mt 8,20), y en su atención a los pobres (cf Mc 12,41-44). El amor a los pobres es también uno de los motivos del deber de trabajar, con el fin de “hacer partícipe al que se halle en necesidad” (Ef 4,28). No abarca sólo la pobreza material, sino también las numerosas formas de pobreza cultural y religiosa (cf CA 57).

2445 El amor a los pobres es incompatible con el amor desordenado de las riquezas o su uso egoísta:

Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad: el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra regaladamente y os habéis entregado a los placeres; habéis hartado vuestros corazones en el día de la matanza. Condenasteis y matasteis al justo; él no os resiste (St 5,1-6).

2446 S. Juan Crisóstomo lo recuerda vigorosamente: “No hacer participar a los pobres de los propios bienes es robarles y quitarles la vida. Lo que tenemos no son nuestros bienes, sino los suyos” (Laz. 1,6). “Satisfacer ante todo las exigencias de la justicia, de modo que no se ofrezca como ayuda de caridad lo que ya se debe a título de justicia” (AA 8):

Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia (S. Gregorio Magno, past. 3,21).

2447 Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (cf. Is 58,6-7; Hb 13,3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras de misericordia espiritual, como perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporal consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (cf Mt 25,31-46). Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres (cf Tb 4, 5-11; Si 17,22) es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios (cf Mt 6,2-4):

El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer que haga lo mismo (Lc 3,11). Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros (Lc 11,41). Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: “id en paz, calentaos o hartaos”, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? (St 2,15-16; cf. 1 Jn 3,17).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

¡Cuán difícil es que un rico entre en el reino de los cielos!

Recordemos brevemente todo el fragmento evangélico de hoy, para concentrarnos, después, sobre algunas frases, que nos interesan más de cerca. Un día se presenta un joven a Jesús y le pregunta qué debe hacer para alcanzar la vida eterna. Jesús le responde: «¡Guarda los mandamientos!» Él responde: «Todo eso lo he guardado desde mi juventud» (Lucas 18,20). Jesús mirándole «con amor» le arroja una propuesta radical: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, sígueme» (Mateo 19,21). Ante estas palabras el joven se retiró triste, puesto que tenía muchos bienes. Entonces, Jesús, dirigiéndose a los suyos, dijo:

«¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el reino de Dios! ... Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios».

Ha llegado el momento de escuchar lo que el Evangelio nos dice a nosotros sobre los ricos y la riqueza. Pero, ante todo, una observación preliminar necesaria para desescombrar el campo de

posibles equívocos. Jesús nunca condena las riquezas y los bienes terrenos por sí mismos. Entre sus amigos, están, también, José de Arimatea, «hombre rico» (Mateo 27,57) Y Zaqueo, a quien le declara que «ha llegado la salvación a su casa» (Lucas 19,9), aunque mantiene la mitad de sus bienes, que debían ser considerables. Lo que él condena es el estar demasiado aferrado al dinero y a los bienes, el hacer «depender de ellos la propia vida» y «atesorar riquezas para sí» (cfr. Lucas 12, 13-21).

Dos motivaciones están en la base de esta denuncia evangélica. La primera, es una consideración de sabiduría y se apoya sobre el hecho de que es una locura el considerar como finalidad principal de la vida el amasar riquezas, construirse villas o chalets sobre villas, cuando se sabe que de un momento a otro puede ser uno llamado a dejarlo todo: «¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?» (Lucas 12,20). La segunda, es una motivación de fe. La riqueza hace difícil entrar en el Reino. Más difícil que para un camello pasar a través del agujero de una aguja (cfr. Lucas 18,25).

La palabra de Dios clama contra el apego excesivo al dineroidolatría: «La codicia, que es una idolatría» (Colosenses 3, 5). Mammona, el dinero, no es uno de los tantos ídolos; es el ídolo por antonomasia. Literalmente, son los «dioses de metal fundido» (cfr. Éxodo 34, 17). Y se entiende por qué. ¿Quién es, objetivamente (esto es, en los hechos, si no en las intenciones) el verdadero enemigo y el competidor de Dios en este mundo? ¿Satanás? Mas, ningún hombre decide servir sin ningún motivo a Satanás. Quien lo hace, lo hace porque cree conseguir con ello algún beneficio temporal. Quién es, en los hechos, el otro dueño, el anti-Dios, nos lo dice claramente Jesús: «No podéis servir a Dios y al Dinero o Mammona» (Mateo 6, 24).

Mammona es el anti-Dios, porque crea una especie de mundo alternativo, cambia de objeto a las virtudes teologales. La fe, la esperanza y la caridad ya no se presentan puestas en Dios sino en el dinero. Se realiza una siniestra inversión de todos los valores. «Nada era imposible para Dios», dice la Escritura (Sirácida 48, 13), y, también, «¡Todo es posible para quien cree!» (Marcos 9, 23). Pero, el mundo dice: «Todo es posible para quien tiene dinero». Y, a un cierto nivel, todos los hechos parecen darle la razón.

La avaricia, además de la idolatría, es igualmente una fuente de desdichas. El avaro es un hombre infeliz. Sospechoso de todos, se aísla. No tiene afectos, ni siquiera entre los de su misma carne, que le ven siempre como explotador y al que alimentan, a veces, con relación a un solo deseo verdadero: que mueran pronto para heredar sus riquezas. Estando en tensión hasta el estremecimiento para ahorrar se le niega todo en la vida; y así no goza ni de este mundo ni de Dios, no siendo hechas sus renunciaciones para él. Más que obtener seguridad y tranquilidad es un eterno rehén de su dinero.

Carlos Marx, que ha hecho sobre el dinero uno de los análisis más agudos, habla de la «omnipotencia alienante del dios dinero». «Lo que mediante el dinero está a mi disposición, esto es, lo que yo puedo pagar, eso es lo que yo mismo soy. Cuanto mayor es el poder del dinero, tanto más grande es mi poder. Yo soy feo, pero puedo comprarme la más bella de entre las mujeres y, por lo tanto, yo no soy feo. Soy cojo, pero si puedo comprarme dos magníficos caballos, es como si tuviese ocho piernas».

Pero, la crítica de Marx, aun cuanto perspicaz, no está en disposición de cambiar las cosas y no es ni siquiera del todo coherente. Si las necesidades del hombre son sólo las económicas, ¿cómo se puede demostrar que el dinero es un poder alienante e inhumano? ¿No admite él mismo que sirve de maravilla para satisfacer tales necesidades? Sobre esta base, no se va mucho más allá de las tradicionales invectivas, que se leen en los poetas y en los filósofos, contra el dinero. Virgilio

hablaba ya del «abominable hambre de oro» (*auri sacrafames*). Del mismo modo, Shakespeare se había lanzado en contra de ello: «¡Condenado metal, tú, prostituta común de la humanidad, que llevas la discordia entre los pueblos... Tú, dios visible, ¡que estrechamente fundes juntas las cosas imposibles y les obligas a besarse!» Son gritos impotentes de revolución. Mas, el «dios» dinero, por así decirlo, se ríe de todo esto. Una crítica eficaz de la omnipotencia alienante del dinero se puede hacer sólo si se conoce otro orden de riquezas, una instancia superior, que lo relativice y lo juzgue. Jesús no se ha limitado a describir o maldecir el poder del dinero; lo ha roto, revelando un bien alternativo infinitamente más precioso: el reino de Dios.

El apego al dinero y a las riquezas hace difícil, si no imposible, entrar en el reino de Dios; impide obtener la «vida eterna», que el joven buscaba «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?»: Mateo 19, 16) Y que, en su respuesta, Jesús define como el «tesoro en los cielos». ¿Qué es lo que la riqueza hace propiamente difícil aceptar? ¿Quizás a Dios? ¡Al contrario! El rico está muy dispuesto a aceptar a Dios, hasta tal punto que éste le viene presentado como el garante del orden establecido, del derecho de propiedad, un Dios que está contra la violencia. Lo que el rico no acepta del reino de Dios, predicado por Jesús, es que exige el amor al prójimo, exige que no se le deje a Lázaro morir fuera de la puerta (cfr. Lucas 16, 19ss.). Aquí termina el idilio. El joven rico está horrorizado con el pensamiento de tener que dividir sus riquezas con los pobres.

«La raíz de todos los males es el afán de dinero» (1 Timoteo 6, 10). Pocas frases de la Escritura estarían dispuestos los hombres de hoy a suscribir de buena gana como ésta. Detrás de cada uno de los más graves males de nuestra sociedad (comercio de la droga, mafia, secuestros de personas, corrupción política, fabricación y comercio de armas, explotación de la prostitución) está el dinero o, al menos, está también el dinero.

Pero, nosotros no hemos sido llamados sólo para denunciar al ídolo dinero y la riqueza inicua. Jesús no deja a nadie sin ninguna esperanza, ni siquiera al rico. Cuando los discípulos, a continuación de lo dicho sobre el camello y el agujero de la aguja, espantados, preguntaron a Jesús: «¿Y quién se podrá salvar?», él respondió: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios» (Lucas 18,26-27). Dios puede salvar asimismo al rico. El punto no es «si el rico se salva» (esto no ha estado nunca en discusión en la tradición cristiana); sino, ¿«qué rico se salva»?

A los ricos Jesús les añade una vía de salida a su peligrosa situación:

«Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben» (Mateo 6, 20). «Haceos amigos con el dinero injusto, para que, cuando llegue a faltar, os reciban en las eternas moradas» (Lucas 16, 9).

Jesús aconseja a los ricos trasladar sus capitales al exterior. Pero, no a Suiza, ¡al cielo! Muchos, dice Agustín, se afanan en enterrar el propio dinero bajo tierra, privándose incluso del placer de verlo, a veces, hasta durante toda la vida, a fin de saber que está a buen seguro. ¿Por qué no sepultarlo, por el contrario, en el cielo, en donde estaría mucho más seguro y en donde lo volverían a encontrar un día para siempre? ¿Cómo hacer esto? Es sencillo, continúa el santo. Dios te ofrece a los mozos de carga en los pobres. Ellos se acercan allá donde tú esperas ir un día. Dios tiene necesidad aquí del pobre y te lo restituirá cuando tú estés allá.

Pero, es claro que la limosna con monedas y la beneficencia ya no son hoy más el único modo para hacer servir la riqueza para el bien común y ni siquiera quizás lo más recomendable. Está también lo de pagar honestamente las tasas y tributos, crear nuevos puestos de trabajo, dar un salario más generoso a los trabajadores cuando lo permita la situación, poner en marcha empresas locales en

los pueblos en vías de desarrollo. En suma, hacer servir el dinero, hacerla correr. Ser canales, que hacen pasar el agua, no lagos artificiales, que la guardan sólo para sí.

La Escritura nos ha trazado una especie de retrato del cristiano rico, en el que se describe lo que él debe hacer o no hacer para salvarse. Con ello, cerramos nuestra reflexión:

«A los ricos de este mundo recomiéndales que no sean altaneros ni pongan su esperanza en lo inseguro de las riquezas sino en Dios, que nos provee espléndidamente de todo, para que lo disfrutemos; que practiquen el bien, que se enriquezcan con bellas obras, que den con generosidad y con liberalidad; de esta forma irán atesorando para el futuro un excelente fondo con el que podrán adquirir la vida verdadera» (1 Timoteo 6, 17-19).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Pobres riquezas y ricas pobreza

Entre las muchas enseñanzas de Jesucristo que podemos meditar a partir de los versículos de san Marcos que hoy nos presenta la Iglesia, consideremos esa evidente disparidad de criterios, acerca de la verdadera riqueza, entre Jesús y el personaje que le abordó en esa ocasión: aquel hombre que, con su mejor buena voluntad, pregunta al Señor por lo que debe hacer **para conseguir la vida eterna**.

Notemos, para empezar, que lo que parece en un primer momento una excelente disposición por su parte –llamando a Jesús **Maestro bueno** y postrándose ante Él–, es, sin embargo, tan sólo aparente. De hecho, esos gestos y esas palabras iniciales, que parecían manifestar acatamiento sin condiciones a Jesús, no se mantienen cuando el Señor le indica lo que, en concreto, debe hacer para conseguir la vida eterna que tanto desea. De hecho desiste de su sumisión al Salvador. Se diría que ya no lo considera **Bueno**, cuando no le agrada lo que Jesús le propone.

Si nos fijamos en la escena, contemplamos a un hombre de esos que podríamos decir que lo tienen todo en la vida. **Tenía muchas posesiones**, afirma el evangelista, y, sin embargo, reconoce también que aún no tiene lo verdaderamente importante. Así lo manifiesta con toda franqueza, pues, corriendo se arrodilla ante Jesús suplicante, reconociéndose necesitado. Sus riquezas parece que le saben todavía a poco, sus **muchas posesiones** no son capaces de colmar sus deseos.

¡Qué razonable es, por tanto, la respuesta del Maestro! Animándole a desprenderse de sus posesiones, le confirma en lo que ya estaba notando y, por eso, se decidió a acudir a Cristo: que todo aquello –con lo que pretendía llenar su vida– no tenía de suyo capacidad para satisfacerle. Estaba ocupado, afanado, en unos bienes tan pequeños que, por muchos que fueran, serían siempre insuficientes para él.

Sin embargo, las posesiones –muy numerosas, posiblemente– ocupaban casi completamente sus afanes, su interés: su cabeza y su corazón. Era, por eso, imposible que así pusiera de verdad su capacidad personal al servicio de la **vida eterna** que pretendía lograr: pretendía volar sin abandonar el suelo. Aquel hombre rico, **porque tenía muchas posesiones**, estaba condenado a sentirse pobre, insatisfecho, por no querer desprenderse de lo que, siendo atractivo de suyo, también –y ante todo– le quitaba la libertad.

Jesús le aconseja, en efecto, que se quede libre de lo que le ocupa para entregarse a bienes mayores: **tendrás un tesoro en el cielo**, le dice. Con tal ofrecimiento, le manifiesta Jesús que Él es efectivamente el **Maestro bueno**, como había presumido el hombre hacía un instante. Ningún otro,

sino sólo Cristo, podía ofrecerle una riqueza de tanto valor. Pero la bondad del Señor, que es infinita, no quiere violentar la libertad de nadie, y el que parecía dispuesto a todo decide no confiar en esa bondad, aunque la había proclamado un momento antes.

Sin duda, fue muy consciente de su incoherencia y por eso no soportó la mirada de Jesús, a pesar de que le contemplaba con inmenso cariño: **quedó prendado de él**, dice el evangelista. La ruptura interior se manifiesta en su rostro, pues, **se marchó triste**: hasta ese punto pueden cegar las riquezas. El apego a sus cosas ganó en aquella ocasión la batalla a su generosidad y a la confianza que Jesús le reclamaba. Podemos pensar que tenía tan en primer término las posesiones, que era incapaz de advertir el valor inigualable del proyecto vital que Jesús le ofrece. Pues, además de haberle prometido un tesoro para el cielo, le otorga el inmenso privilegio de poder seguirle y participar de su divina misión. Hubiera sido otro de los Apóstoles, pues, como a los demás le dijo: **ven y sígueme**.

No es, ciertamente, pequeña la riqueza que promete Dios a cuantos deciden serle fieles. Además, aunque sea necesario no poner como primer objetivo de la vida los bienes materiales, no se trata tanto de una renuncia –no tener por no tener– cuanto de una condición para mantenerse libre y poder optar a la gran dignidad de ser apóstol y recibir el tesoro del Cielo.

Santa María, nuestra Madre, nos anima con su ejemplo: Reina en el Cielo, y en la tierra feliz como nadie, porque en Ella se fijó el Señor y quiso ser su esclava.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

El espíritu de sabiduría

De las lecturas que hemos escuchado surge clara la intención de la liturgia de hablarnos hoy del tema de la sabiduría.

Primera lectura: *Supliqué, y descendió sobre mí el espíritu de la Sabiduría.*

Salmo responsorial: *Enséñanos a calcular nuestros años, para que nuestro corazón alcance la sabiduría.*

Aclamación al Evangelio: *Que el Padre del Señor nuestro Jesucristo nos conceda el espíritu de sabiduría.*

El Evangelio (episodio del joven rico) aparentemente no parece seguir esta línea; en realidad –lo descubriremos a continuación– es el eje de esta enseñanza acerca de la sabiduría.

Interrogamos ahora a la Biblia para saber qué es la sabiduría. En sí misma, la sabiduría es el pensamiento-voluntad de Dios. Algo escondido, inaccesible como ninguna otra cosa: *¡Qué profunda y llena de riqueza es la sabiduría y la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus designios y qué incomprensibles sus caminos! ¡Quién penetró en el pensamiento del Señor?* (Rom. 11, 33 sq.).

La sabiduría, entonces, por sí misma está fuera del alcance del hombre. ¡Pero se ha revelado, se ha hecho accesible! Dos libros la contienen: la creación y las Escrituras. Espejo de la sabiduría de Dios es, en efecto, antes que nada lo creado. Es como un gran libro escrito con caracteres distintos, pero por la misma mano de Dios: *El cielo proclama la gloria del Señor...resuena su eco por toda la tierra y su lenguaje, hasta los confines del mundo* (Sal. 19. 1.5). Este es un libro abierto a todos: “En las páginas de las Escrituras pueden leer solamente aquellos que saben leer y escribir, mientras todos, incluso los analfabetos, pueden leer el libro del universo” (san Agustín, *En. in Ps. 45, 7*).

Dios no se contentó con revelarse en este libro mudo: al lenguaje de las cosas agregó el de las palabras y nació así el otro gran libro que son las Escrituras, donde el pensamiento-voluntad de Dios está contenido en forma más clara y explícita.

¿Pero qué ocurrió? Estos dos libros muy pronto se velaron y se hicieron oscuros; mejor dicho, los ojos de quienes debían leerlos se velaron hasta ya no reconocer allí la sabiduría de Dios. Los paganos ya no supieron leer lo creado: *A partir de las cosas visibles, no fueron capaces de conocer a “Aquel que es”* (Sab. 13. 1; cfr. también Rom. 1, 19 ssq.). Los judíos ya no supieron leer las Escrituras; perdieron su llave y dejaron de reconocer a aquel del cual ellas hablaban, es decir, el Mesías: *Sí, hasta el día de hoy aquel velo les cubre la inteligencia siempre que leen a Moisés* (2 Cor 3, 15).

Los hombres se construyeron una sabiduría humana en el lugar dejado por la sabiduría divina perdida. Para los judíos, esta sabiduría humana se llama la ley; no la ley expresión auténtica de la voluntad de Dios, sino la ley transformada en fuente de jactancia, de falsas seguridades, una ciencia más que una sapiencia. Para los paganos –los griegos– la sabiduría humana se llama filosofía. El ídolo de la sabiduría humana es aquella sabiduría que no tiene en el centro, como explicación y fin de todo, a Dios, sino al hombre (Protágoras: “El hombre es la medida de todas las cosas”).

¿Viene Jesús y qué cambia en esta situación? Él es el pensamiento de Dios vuelto plenamente manifiesto. Podríamos decir, parafraseando con absoluta fidelidad la frase de Juan: La Sabiduría se ha hecho carne y habitó entre nosotros (cfr. Jn. 1. 14). *Jesús es la Imagen del Dios invisible* (Col. 1. 15), como decir: es el pensamiento inaccesible del Padre fielmente expresado como en la propia imagen; mejor aún, como en el propio Hijo. En suma: *Jesús es la sabiduría de Dios* (1 Cor 1. 24).

Frente a esta iniciativa de Dios, los hombres se comportan de un modo extraño: *La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la percibieron* (Jn. 1, 5). En presencia de Jesús, tiene lugar una dramática separación de los espíritus; él se vuelve signo de contradicción. Jesús se dirige a todos; hablando el lenguaje que usaba la Sabiduría en el Antiguo Testamento (cfr. Ecli. 51, 23-30), él dice: *Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados* (¡agobiados por el pesado fardo de la sabiduría humana y por el yugo de la ley!) *y yo los aliviare. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón* (Mt. 11. 25-26). Él se dirige, por lo tanto, a todos; pero mientras los pequeños, los no sabios (¡de aquella sabiduría-ídolo!) reciben con alegría la invitación, los otros, los sabios, protestan y rechazan (cfr. Mt. 11, 26-26).

El cuadro está fijado así y el camino está trazado: de ahora en más, la sabiduría se encuentra con Jesús; para obtenerla, es preciso ir a Jesús y seguirlo. La condición para hacerla es muy precisa: vender todo, es decir, renunciar a apoyarse en cualquier otra fuente de seguridad, sea material, como la riqueza, sea religiosa, como el cumplimiento de la ley.

Aquí se sitúa idealmente el Evangelio de hoy con los dos casos: el del joven rico que no vende todo para seguir a Jesús y el de los apóstoles que, al contrario, han abandonado todo para seguir a Jesús. El acento en este pasaje no recae sobre el “vende todo”, sino sobre el “ven y sígueme”; no se habla principalmente de la pobreza voluntaria, sino de la suprema riqueza que es el poseer a Jesús. Se puede aproximar este pasaje del Evangelio a aquel otro donde se habla del hombre que ha descubierto un tesoro en el campo y vende todo para comprarlo, y del que cede una colección completa de piedras preciosas para adquirir la perla de gran valor (cfr. Mt. 13, 44-46).

Los dominadores de este mundo se alían, en nombre de la sabiduría, para eliminar esta nueva sabiduría venida para desbaratar todos los planes y todos los valores, que privilegia a los débiles, socava los poderes y predica libertad. Ellos crucifican al “Señor de la gloria” (cfr. 1 Cor. 2, 8).

Dios responde elevando al Señor de la gloria crucificado a un criterio definitivo y absoluto de sabiduría: Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría [¡aquella sabiduría que conocemos!], nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos (1 Cor. 2, 6). De esta “sabiduría de la cruz” hablan ahora los apóstoles “entre los perfectos” (cfr. 1 Cor. 2, 6); ella constituye el corazón de su anuncio, es entregada en el Evangelio y es confiada a la Iglesia.

Aquí llegamos a nosotros. ¿Cómo se nos presenta hoy el problema de la verdadera sabiduría? Nosotros conocemos a Cristo crucificado, el Evangelio, la tradición, la historia de la Iglesia; sabemos todo. Ya no dos libros, sino bibliotecas de libros. La sabiduría divina –se diría– es nuestra segura y estable posesión, casi un bien de familia que se transmite en herencia. Así podría pensar alguien, pero la cosa no es de ninguna manera tan pacífica. También todo este patrimonio puede reducirse a sabiduría humana, es decir, a seguridad que el hombre conserva en sí mismo o en el propio pasado (cfr. “las tradiciones de los padres” que los fariseos oponen a Jesús). Las Escrituras, entonces, se hacen de nuevo mudas porque allí se buscan confirmaciones para todo lo que ya se sabe o se hace, y que tranquiliza, y no, al contrario, la conversión y la renovación.

¿Quién nos puede salvar de todo esto? La respuesta es: ¡el Espíritu Santo! Las cosas que el hombre por sí solo no puede descubrir, Dios nos las ha revelado por medio del Espíritu; en efecto, el Espíritu escruta todas las cosas, incluso las profundidades de Dios. El hombre natural no comprende las cosas del Espíritu de Dios. Ellas son locuras para él y no es capaz de entenderlas porque se las puede juzgar sólo por medio del Espíritu. Por el contrario, el hombre espiritual juzga todas las cosas sin poder ser juzgado por nadie (cfr. 1 Cor. 2, 10-15).

He aquí qué es, en su sentido más profundo, la sabiduría de Dios hoy para nosotros: es Jesucristo iluminado por el Espíritu Santo o –lo que es lo mismo– es el Espíritu Santo que revela, recuerda e ilumina Jesucristo.

No sólo a nivel personal, sino también, y antes que nada, a nivel comunitario. La sabiduría es “lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (cfr. Apoc. 1, 7). Por lo tanto, hay una sabiduría de la Iglesia que no deriva de los hombres de la Iglesia, sino del Espíritu de Jesús que guía a la Iglesia. Ella se expresa en dogma, liturgia, espiritualidad, santidad. Lo que me dice el Espíritu en mi corazón, debe estar de acuerdo con esta sabiduría de la Iglesia.

Preguntemonos ahora: ¿quién es hoy el hombre sabio? Pablo ha respondido en el texto recién recordado: es “el hombre espiritual”, el hombre conducido por el Espíritu del Señor que le enseña, como primera cosa, a no someterse a los deseos de la carne. Hombre sabio es aquel que trata de ver y juzgar las cosas y los hechos como los juzga Dios; que, con su mirada de fe, va más allá de las apariencias para captar lo que Dios capta en las cosas y en los hechos.

Verdadera sabiduría, hoy como siempre, es conocer a Jesús en forma espiritual, o sea, por medio del Espíritu Santo y, a través de él, al Padre. Hacer la experiencia de Jesús significa hacer la experiencia de la sabiduría y viceversa: “Pobre es todo alimento del alma –escribe san Bernardo– si no está sazonado con este aceite; insípido, si no está sazonado con esta sal. Jesús es miel para la boca, canto para el oído, júbilo para el corazón” (Serm. 15 super Cantica). Estas palabras revelan desde lo más vivo cómo es la sabiduría espiritual de la cual nos habla la Biblia: ella es un “gustar y ver” a Dios, es un conocer y saborear a la vez. No es principalmente un acto del intelecto, sino del corazón, es decir, de toda la persona, comprendido el cuerpo. Es disfrutar de Dios conociendo a Dios; es disfrutar de la Verdad, san Juan la llama la unción recibida del Santo (Espíritu) que enseña

todas las cosas, que hace estar firme y convierte en superfluo a cualquier otro maestro (cfr. 1 Jn. 2, 20.27).

Lo más urgente acerca de la sabiduría –como también acerca del Reino– no es discutir su naturaleza sino entrar allí, echarse adentro. Nosotros somos aquel hombre que al excavar en el campo de la propia vida ha visto aflorar un tesoro: ¿qué hacemos en este punto? ¿Volvemos a cubrir todo para esperar un poco y pensar en ello o, al contrario, vamos y vendemos todo para adquirir tal tesoro? Lo que se nos pide no es algo incompatible con el estado de casados, de novios, con los estudios que hacemos, con la actividad que desarrollamos (si es una actividad honesta). No es un vender material sino un vender espiritual, que consiste en subordinar todas las cosas a esta única cosa reconocida como esencial. Es un “tener por nada las riquezas en comparación con ella”; un amar al Reino “más que a la salud ya la hermosura” (1a. lectura).

En el Antiguo Testamento se lee esta palabra: *La Sabiduría edificó su casa... y también preparó su mesa. Ella envió a sus servidoras a proclamar... “Vengan, coman de mi pan, y beban del vino que yo mezclé”* (Prov. 9, 1-5). La “casa” que la Sabiduría se ha construido es la humanidad del Salvador, el cuerpo de Cristo (primero el real de su carne, después el místico de la Iglesia), la “mesa” que ha preparada en esta casa es la mesa eucarística. A ella nos invita ahora. La sabiduría se hace alimento para sus pequeños.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Carta a los jóvenes del Año Internacional de la Juventud (3-III-1985)

– Dios es amor

El joven se fue triste porque tenía muchas riquezas... se trata del hecho de que la juventud por sí misma es una riqueza singular del hombre... Efectivamente el período de la juventud es el tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del “yo” humano y de las propiedades y capacidades que éste encierra... Potencialidad de una humanidad concreta, en la que está como inscrito el proyecto completo de la vida futura. La vida se delinea como la realización de tal proyecto, como “autorrealización”. Es la riqueza de descubrir y a la vez programar, de elegir, de prever y de asumir como algo propio las primeras decisiones, que tendrán importancia para el futuro en la dimensión estrictamente personal de la existencia humana.

Pero hemos de preguntarnos: esa riqueza que es la juventud ¿debe acaso alejar al hombre de Cristo? El evangelista no dice esto ciertamente... En la decisión de alejarse de Cristo han influido en definitiva sólo las riquezas exteriores, lo que el joven poseía (“la hacienda”). No lo que él era. Lo que él era, precisamente en cuanto joven –es decir, la riqueza interior que se esconde en la juventud– le había conducido a Jesús. Y le había llevado a hacer aquellas preguntas, en las que se trata de manera más clara del proyecto de toda la vida. ¿Qué ha de hacer? “¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?” “¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y pleno sentido?”.

¿Por qué sólo Dios es bueno? Porque Él es amor. Cristo da esta respuesta con las palabras del Evangelio, y sobre todo con el testimonio de la propia vida y muerte: “Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo”. Dios es bueno porque “es amor”.

La pregunta sobre el valor, la pregunta sobre el sentido de la vida –lo hemos dicho– forma parte de la riqueza particular de la juventud. Brota de lo más profundo de las riquezas y de las inquietudes, que van unidas al proyecto de vida que se debe asumir y realizar.

“¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios”. Como si dijera: el hecho de que yo sea bueno da testimonio de Dios. “El que me ha visto ha visto al Padre”.

El cristianismo nos enseña a comprender la temporalidad desde la perspectiva del Reino de Dios, desde la perspectiva de la vida eterna. Sin ella, la temporalidad, incluso la más rica o la más profunda en todos los aspectos, al final lleva al hombre sólo a la inevitable necesidad de la muerte.

Ahora bien, existe una antinomia entre la juventud y la muerte. La muerte parece estar lejos de la juventud. Y así es. Más aún, dado que la juventud significa el proyecto de toda la vida, construido según el criterio del sentido y del valor, también durante la juventud se hace indispensable la pregunta sobre el final.

Esta pregunta indica que en la conciencia moral del hombre y, concretamente del hombre joven, que forma el proyecto de toda su vida está escondida la aspiración a “algo más”.

Sólo Dios conoce lo que hay en el hombre: conoce su debilidad y sobre todo su dignidad.

Deseo que la juventud os dé una base robusta de sanos principios; que vuestra conciencia consiga ya en estos años de la juventud aquella transparencia madura que en vuestra vida os permitirá a cada uno ser siempre “personas de conciencia”, “personas de principios”, “personas que inspiran confianza”, esto es que son creíbles.

– Sígueme

“Maestro bueno ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?” (Mc 10,17).

Esta pregunta, que plantea un joven en el texto evangélico de hoy, se la han dirigido a Cristo en el decurso de los siglos innumerables generaciones.

“¿Qué he de hacer para heredar la vida eterna?”. Es el interrogante fundamental de todo cristiano. Ya conocemos muy bien la respuesta de Cristo. Ante todo recuerda a los interlocutores que debe cumplir los mandamientos: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, no serás injusto, honra a tu padre y a tu madre” (Mc 10,19; cf. Ex 20,12-16). El joven replica con entusiasmo: “Maestro todo esto lo he cumplido desde pequeño” (Mc 10,20). En ese momento –subraya el Evangelio–, el Señor, fijando en él su mirada, lo amó y añadió: “Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes, da el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo–; luego, ven y sígueme”. Pero, como prosigue el relato, el joven, “abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes” (Mc 10,21-22).

“¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios” (Mc 10,18). Estas palabras nos dicen dónde debemos buscar la fuente original de la santidad. Dios es la plenitud del bien que tiende por sí mismo a difundirse. El sumo Bien quiere donarse y hacerse semejantes a sí mismo a cuantos lo buscan con corazón sincero. Desea santificar a cuantos están dispuestos a abandonarlo todo para seguir a su Hijo encarnado.

– La salvación

La primera finalidad es alabar a Dios, fuente de toda santidad.

Jesús miró con gran aprecio a este joven que se le acercaba. Y le invitó: “Sígueme. Camina sobre mis pasos. ¡Ven a mi lado! ¡Permanece en mi amor!” (Juan Pablo II 1-10-79). Es la invitación

que quizá nosotros hemos recibido... ¡y le hemos seguido! “Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa; le es necesario saberse amado, saberse amado eternamente y haber sido elegido desde la eternidad (Cf. Ef 1,4). Al mismo tiempo, este amor eterno de elección divina acompaña al hombre durante su vida como la mirada de amor de Cristo. Y acaso con mayor fuerza en el momento de la prueba, de la humillación, de la persecución, de la derrota (...); entonces la conciencia de que el Padre nos ha amado siempre en su Hijo, de que Cristo ama a cada uno y siempre, se convierte en un sólido punto de apoyo para toda nuestra existencia humana. Cuando todo hace dudar de sí mismo y del sentido de la propia existencia, entonces esta mirada de Cristo, esto es, la conciencia del amor que en Él se ha mostrado más fuerte que todo mal y que toda destrucción, dicha conciencia nos permite sobrevivir” (Juan Pablo II 31-3-85).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La propuesta de Jesús invitando a este joven a seguirle dejando todos sus bienes aunque suavizada con la promesa de “un tesoro en el cielo”, no en un Banco, le alejó de Él pesaroso. Con seguridad se trataba de un joven bueno, pero de una bondad común, una de esas personas que consideran que Dios no es lo suficientemente importante o grande como para hacerle feliz jugándose la vida por Él.

Cuando se alejó, con esa tristeza que tantas veces hemos comprobado en nuestro deseo de influir cristianamente en quienes nos rodean, Jesús se entretuvo en una serie de consideraciones a propósito de él con sus discípulos: “Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Más fácil es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios”.

“Cristo ha denunciado como fatal y general ilusión –decía PABLO VI– la tendencia humana a buscar en el orden temporal la felicidad, la perfección, la santidad, y ha enseñado a buscarla en cambio más allá de ese orden, canonizando como situaciones preferentes aquellos estados desgraciados de la vida presente que de por sí crean deseos, aspiraciones, búsqueda de otro orden que sea de verdaderamente orden y que no podrá realizarse en el marco de la vida presente... Es decir, no celebra la pobreza por lo que ésta es materialmente, sino por el bien moral y religioso que de ella puede derivarse”.

La pobreza cristiana es saberse mantener a la suficiente distancia de los bienes de este mundo como para verlos en su verdadera dimensión sin sobrevalorarlos ni subestimarlos. Esto es, considerándolos como medios que nos hablan y llevan a Dios y no como fines. Con todo, como el hechizo de las riquezas es muy fuerte, quiso que nos pusiéramos en guardia para practicar un sano desprendimiento de las mismas tanto afectivo como efectivo.

¿Queremos comprobar si existe ese desprendimiento de los bienes puramente terrenos? Preguntémonos si los estamos usando para la implantación del Reino de Dios siendo generosos con nuestro dinero, nuestro tiempo, nuestra salud, no haciendo gastos que no sean imprescindibles o concediéndonos caprichos. Si estos despojos cuestan tanto que su entrega nos entristece o la rehusamos, tenemos ahí un indicador infalible. Un cristiano afectiva y efectivamente pobre es alguien que está proclamando con hechos que cree en la otra vida, que prefiere la dignidad de la primogenitura a un plato de lentejas.

Quien logra ese despegue, se ha construido un dique contra la marea arrolladora de una sociedad de consumo inventora de necesidades. Un lugar donde la necesidad de Dios restituye la

respiración al alma. Un puesto donde se sabe dueño de sus bienes y no esclavo, hasta el punto de saber privarse de ellos cuando el caso lo requiera.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“La llamada de Jesús nos apremia”

La lista de valores con los que Salomón compara a la sabiduría no es más que un recurso para revalorizarla por contraste.

“Una cosa te falta...” muestra la radicalidad de la llamada de Jesús, porque se trata del acercamiento a Dios y no simplemente de una perfección moral. La renuncia absoluta está más en consonancia con el mensaje escatológico de Cristo. No olvidemos que Jesús no renuncia a ser Él quien tome la iniciativa en cuanto al llamamiento; seguirle no es cuestión de voluntarismo, sino de vocación. El muchacho se ha dirigido a Él, pero será Jesús quien marque la pauta.

La negativa del muchacho da lugar a la afirmación sobre las riquezas. La extrañeza de los discípulos es porque ellos participaban de la idea de que las riquezas eran señal de la benevolencia divina. Jesús mismo, matizando lo dicho, habla de la esperanza mesiánica de salvación porque “Dios lo puede todo”.

Tal vez fatigados por tanta publicidad, deseamos que los programas, los proyectos, las propuestas de vida, etc. se le presenten al hombre desde el primer momento limpios, claros... para saber a qué atenerse. Se decidirá o no, pero sabrá qué es lo que emprende.

— “Toda su vida, Jesús se muestra como nuestro modelo: Él es el «hombre perfecto» (GS 38) que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle: con su anonadamiento, nos ha dado un ejemplo que imitar; con su oración atrae a la oración; con su pobreza, llama a aceptar libremente la privación y las persecuciones” (520).

— “Hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda (Mt 19,12)” (1618).

— “«Maestro, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna?» Al joven que le hace esta pregunta, Jesús responde primero invocando la necesidad de reconocer a Dios como «el único Bueno», como el Bien por excelencia y como la fuente de todo bien. Luego Jesús le declara: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». Y cita a su interlocutor los preceptos que se refieren al amor del prójimo” (2052).

— “A esta primera respuesta se añade una segunda: «Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme» (Mt 19,21). Esta respuesta no anula la primera. El seguimiento de Jesucristo comprende el cumplir los mandamientos. La Ley no es abolida, sino que el hombre es invitado a encontrarla en la Persona de su Maestro, que es quien le da la plenitud perfecta” (2053).

— “Desde la profundidad del corazón surge la pregunta que el joven rico dirige a Jesús de Nazaret: una pregunta esencial e ineludible para la vida de todo hombre, pues se refiere al bien moral que hay que practicar y a la vida eterna. El interlocutor de Jesús intuye que hay una conexión entre el bien moral y el pleno cumplimiento del propio destino. Él es un israelita piadoso que ha crecido, diríamos, a la sombra de la Ley del Señor... Siente la necesidad de confrontarse con aquel que había

iniciado su predicación con este nuevo y decisivo anuncio: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Juan Pablo II, VS 8).

En el Evangelio, lo mejor nunca es enemigo de lo bueno. Pero hay quien se conforma con lo bueno. Y se queda a la mitad del camino.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La mirada de Jesús.

– La mayor sabiduría consiste en encontrar a Jesucristo.

I. Los textos de la Misa de este domingo nos hablan de la sabiduría divina, que hemos de estimar más que cualquier otro bien. En la *Primera lectura*¹ leemos la petición que el autor del libro sagrado pone en boca de Salomón: *Supliqué y se me concedió un espíritu de sabiduría. La preferí a los cetos y a los tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza. No la equiparé a la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es un poco de arena, y junto a ella la plata vale lo que el barro. Nada vale en comparación con el conocimiento de Dios, que nos hace participar de su intimidad y da sentido a la vida: la preferí a la salud y a la belleza, me propuse tenerla por luz, porque su resplandor no tiene ocaso. Es más: Venerunt omnia bona pariter cum illa...* Con ella me llegaron todos los bienes. En sus manos encontré *riquezas incontables*.

El Verbo de Dios encarnado, Jesucristo, es la Sabiduría infinita, escondida en el seno del Padre desde la eternidad y asequible ahora a los hombres que están dispuestos a abrir su corazón con humildad y sencillez. Junto a Él, *todo el oro es un poco de arena, y la plata vale lo que el barro, nada*. Tener a Cristo es poseerlo todo, pues con Él nos llegan todos los bienes. Por eso cometemos la mayor necedad cuando preferimos algo (honor, riqueza, salud...) a Cristo mismo que nos visita. Nada vale la pena sin el Maestro.

“Señor, gracias por haber venido. Hubieras podido salvarnos sin venir. Bastaba, en definitiva, que hubieras querido salvarnos. No se ve que la Encarnación fuera necesaria. Pero has querido situar entre nosotros el ejemplo completo de toda perfección (...). Gracias, Maestro, por haber venido, por estar en medio de nosotros, hombre entre los hombres, el Hombre entre los hombres, como uno más (...), y, sin embargo, el Hombre que *todo lo atrae a sí*, porque desde que ha venido no existe otra perfección.

“Gracias por haber venido y porque yo puedo mirarte y alimentar mi vida en ti”². Ser sabios, Señor, es encontrarte a Ti, y seguirte. Sólo acierta en la vida quien te sigue.

– El encuentro con el joven rico.

II. En el Evangelio de la Misa³, San Marcos nos relata la ocasión perdida de uno que prefirió unos cuantos bienes a Cristo mismo, que le invitó a seguirle. Cuando salía Jesús con sus discípulos para ponerse en camino, a punto ya de partir para Jerusalén, llegó un joven⁴ corriendo, y se puso de rodillas ante Él y le preguntó: *Maestro bueno, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna?* Y el Señor le indica los Mandamientos como camino seguro y necesario para alcanzar la salvación. El joven, con gran sencillez, le respondió que los cumplía desde su niñez. Entonces, Jesús, que conocía

¹ Sab 7, 7-11.

² J. LECLERQ, *Treinta meditaciones sobre la vida cristiana*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1958, pp. 50-51.

³ Mc 10, 17-30.

⁴ Cfr. Mt 19, 16.

la limpieza de su corazón y el fondo de generosidad y de entrega que existe en cada hombre, en cada mujer, *fijando en él su mirada, le amó* con un amor de predilección y le invitó a seguirle, dejando a un lado todo lo que poseía.

San Marcos, que recoge la catequesis de San Pedro, oíría de labios de este Apóstol el relato con todos sus detalles. ¡Cómo recordaría Pedro esa mirada de Jesús que también, en el comienzo de su vocación, se posó sobre él y cambió el rumbo de su vida! *Mirándolo Jesús le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas*⁵. Y la vida de Pedro ya fue otra. ¡Cómo nos gustaría contemplar esa mirada de Jesús! Unas veces es imperiosa y entrañable; o de pena y de tristeza, al ver la incredulidad de los fariseos⁶; de compasión ante el hijo muerto de la viuda de Naín⁷; en otras ocasiones, con su mirada invitará a dejarlo todo y a seguirle, como en el caso de Mateo⁸; sabrá conmover el corazón de Zaqueo, llevándolo a la conversión⁹; se enternecerá ante la fe y la grandeza de alma de la viuda pobre que dio todo lo que tenía¹⁰. Su mirada penetrante ponía al descubierto el alma frente a Dios, y suscitaba al mismo tiempo la contrición. Así miró Jesús a la mujer adúltera¹¹, y al mismo Pedro, llevándole a llorar amargamente su cobardía¹².

Jesús miró con un gran aprecio a este joven que se le acercaba: *Iesus autem intuitus eum dilexit eum*. Y le invitó: “*Sígueme*. Camina sobre mis pasos. ¡Ven a mi lado! ¡Permanece en mi amor!”¹³. Es la invitación que quizá nosotros hemos recibido... ¡y le hemos seguido! “Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa; le es necesario saberse amado, saberse *amado eternamente* y haber sido elegido desde la eternidad (cfr. Ef 1, 4). Al mismo tiempo, este amor eterno de elección divina acompaña al hombre durante su vida como la mirada de amor de Cristo. Y acaso con mayor fuerza en *el momento de la prueba, de la humillación, de la persecución, de la derrota* (...); entonces la conciencia de que el Padre nos ha amado siempre en su Hijo, de que Cristo ama a cada uno y siempre, se convierte en un sólido punto de apoyo para toda nuestra existencia humana. Cuando todo hace dudar de sí mismo y del sentido de la propia existencia, entonces esta mirada de Cristo, esto es, la *conciencia del amor* que en Él se ha mostrado más fuerte que todo mal y que toda destrucción, dicha conciencia *nos permite sobrevivir*”¹⁴.

Cada uno recibe una llamada particular del Maestro, y en la respuesta a esta invitación se contienen toda la paz y la felicidad verdaderas. La auténtica sabiduría consiste en decir *sí* a cada una de las invitaciones que Cristo, Sabiduría infinita, nos hace a lo largo de la vida, pues Él sigue recorriendo nuestras calles y plazas. Cristo vive y llama. ***Un día –no quiero generalizar, abre tu corazón al Señor y cuéntale tu historia–, quizá un amigo, un cristiano corriente igual a ti, te descubrió un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio. Te sugirió la posibilidad de empeñarte seriamente en seguir a Cristo, en ser apóstol de apóstoles. Tal vez perdiste entonces la tranquilidad y no la recuperaste, convertida en paz, hasta que libremente, porque te dio la gana –que es la razón más sobrenatural–, respondiste que sí a Dios. Y vino la alegría, recia, constante, que sólo desaparece cuando te apartas de Él***¹⁵. Es la alegría de la entrega,

⁵ Jn 1, 42.

⁶ Cfr. Mc 2, 5.

⁷ Cfr. Lc 7, 13.

⁸ Cfr. Mt 9, 9.

⁹ Cfr. Lc 19, 5.

¹⁰ Cfr. Mc 12, 41-44.

¹¹ Cfr. Jn 8, 10.

¹² Cfr. Lc 22, 61; Mc 14, 72.

¹³ JUAN PABLO II, *Homilía* 1-X-1979.

¹⁴ IDEM, *Carta a los jóvenes*, 31-III-1985, 7.

¹⁵ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, 1.

¡tan opuesta a la tristeza que anegó el alma del joven rico, que no quiso corresponder a la llamada del Maestro!

– **Jesús nos invita a seguirle.**

III. *Anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el Cielo; luego ven y sígueme*, le dijo Jesús a este joven *que tenía muchos bienes*. Y las palabras que debían comunicarle una inmensa alegría, le dejaron en el alma una gran tristeza: *afligido por estas palabras, se marchó triste*. “La tristeza de este joven nos lleva a reflexionar. Podremos tener la tentación de pensar que poseer muchas cosas, muchos bienes de este mundo, puede hacernos felices. En cambio, vemos en el caso del joven del Evangelio que las muchas riquezas se convirtieron en obstáculo para aceptar la llamada de Jesús a seguirlo. ¡No estaba dispuesto a decir sí a Jesús, y no a sí mismo, a decir sí al amor, y no a la huida! El amor verdadero es exigente”¹⁶. Si notamos en nuestro corazón un deje de tristeza es posible que se deba a que el Señor nos esté pidiendo algo y nos neguemos a dárselo, a que no hayamos terminado de dejar libre el corazón de ataduras para seguirle plenamente. Es quizá el momento de recordar las palabras de Jesús al final de este pasaje del Evangelio: *Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por Mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más –casas, y hermanos y hermanas, y madres e hijos, y tierras, con persecuciones–, y en la edad futura la vida eterna.*

...*Ven y sígueme*. ¡Cómo estarían todos esperando la respuesta del joven! Con esta palabra –*sígueme*– Jesús llamaba a sus discípulos más íntimos. Esta invitación llevaba consigo acompañarle en su ministerio, escuchar su doctrina y a veces una explicación más pausada, imitar su modo de vida... Después de la Ascensión de Jesús a los Cielos, el seguimiento no es, lógicamente, acompañarle por los caminos y aldeas de Palestina, sino permanecer allí donde Él nos encontró, en medio del mundo, y hacer nuestra su vida y su doctrina, comunicarnos con Él mediante la oración, tenerle presente en el trabajo, en el descanso, en las alegrías y en las penas..., darlo a conocer con el testimonio alegre de una vida corriente y con la palabra. Seguir al Señor comporta un ponerse en camino, es decir, la exigencia de una vida de empeño y de lucha por imitar al Maestro. *En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo*¹⁷. Él no deja de llamarnos para emprender el camino de la santidad siguiendo sus pasos. Ahora, también Jesús vive y llama. Es el mismo que recorría los caminos de Palestina. No dejemos pasar las oportunidades que nos brinda.

Rev. D. Joan PUJOL i Balcells (La Seu d’Urgell, Lleida, España) (www.evangelii.net)

Se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes

Hoy vemos cómo Jesús —que nos ama— quiere que todos entremos en el Reino de los cielos. De ahí esta advertencia tan severa a los “ricos”. También ellos están llamados a entrar en él. Pero sí que tienen una situación más difícil para abrirse a Dios. Las riquezas les pueden hacer creer que lo tienen todo; tienen la tentación de poner la propia seguridad y confianza en sus posibilidades y riquezas, sin darse cuenta de que la confianza y la seguridad hay que ponerlas en Dios. Pero no

¹⁶ JUAN PABLO II, *Homilía* 1-X-1979.

¹⁷ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, 300.

solamente de palabra: qué fácil es decir «Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío», pero qué difícil se hace decirlo con la vida. Si somos ricos, cuando digamos de corazón esta jaculatoria, trataremos de hacer de nuestras riquezas un bien para los demás, nos sentiremos administradores de unos bienes que Dios nos ha dado.

Acostumbro a ir a Venezuela a una misión, y allí realmente —en su pobreza, al no tener muchas seguridades humanas— las personas se dan cuenta de que la vida cuelga de un hilo, que su existencia es frágil. Esta situación les facilita ver que es Dios quien les da consistencia, que sus vidas están en las manos de Dios. En cambio, aquí —en nuestro mundo consumista— tenemos tantas cosas que podemos caer en la tentación de creer que nos otorgan seguridad, que nos sostiene una gran cuerda. Pero, en realidad —igual que los “pobres”—, estamos colgando de un hilo. Decía la Madre Teresa: «Dios no puede llenar lo que está lleno de otras cosas». Tenemos el peligro de tener a Dios como un elemento más en nuestra vida, un libro más en la biblioteca; importante, sí, pero un libro más. Y, por tanto, no considerarlo en verdad como nuestro Salvador.

Pero tanto los ricos como los pobres, nadie se puede salvar por sí mismo: «¿Quién se podrá salvar?» (Mc 10,26), exclamarán los discípulos. «Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios» (Mc 10,27), responderá Jesús. Confiémonos todos y del todo a Jesús, y que esta confianza se manifieste en nuestras vidas.
